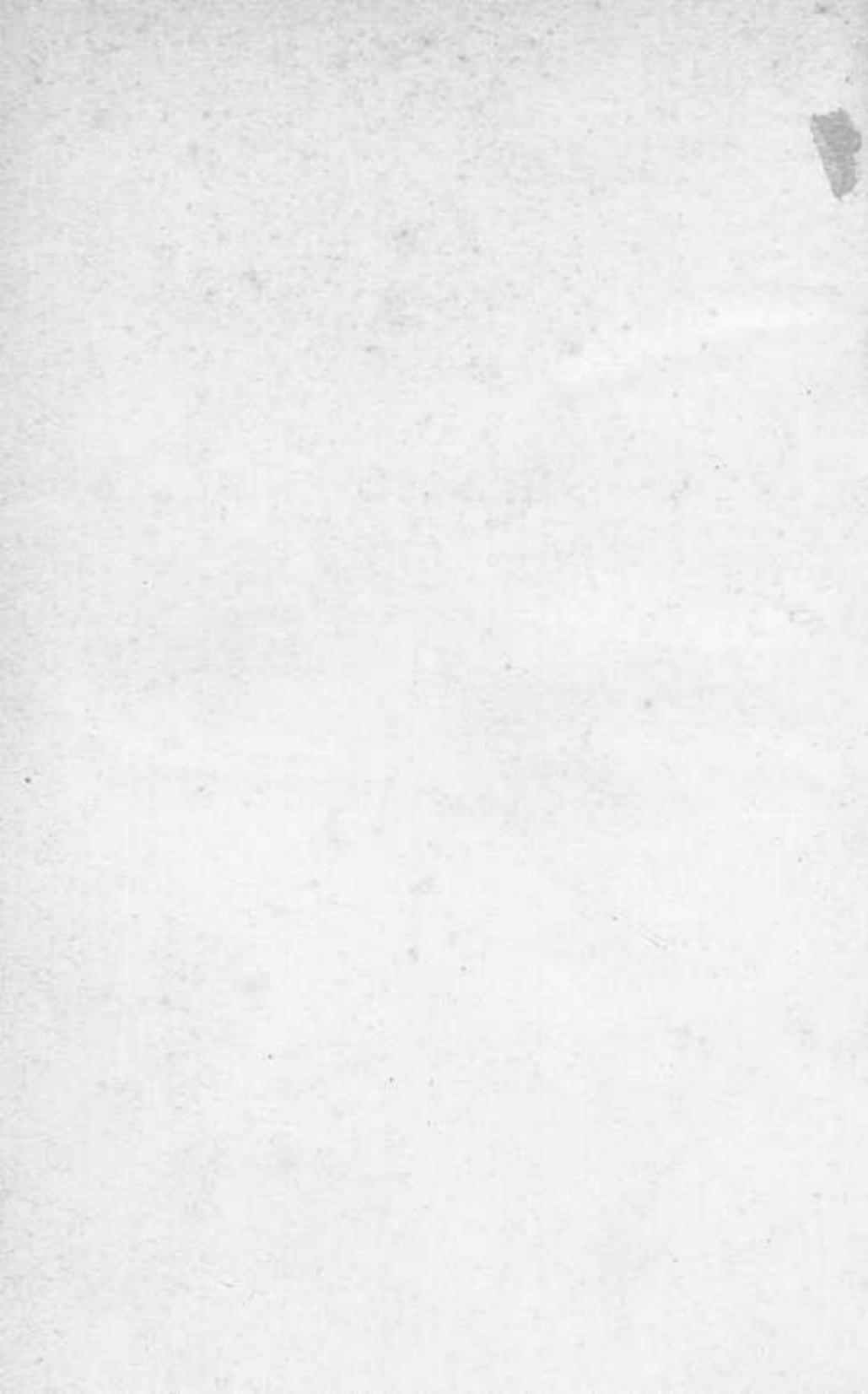




Teresa de España y del Carmelo



TERESA DE ESPAÑA

Y DEL CARMELO

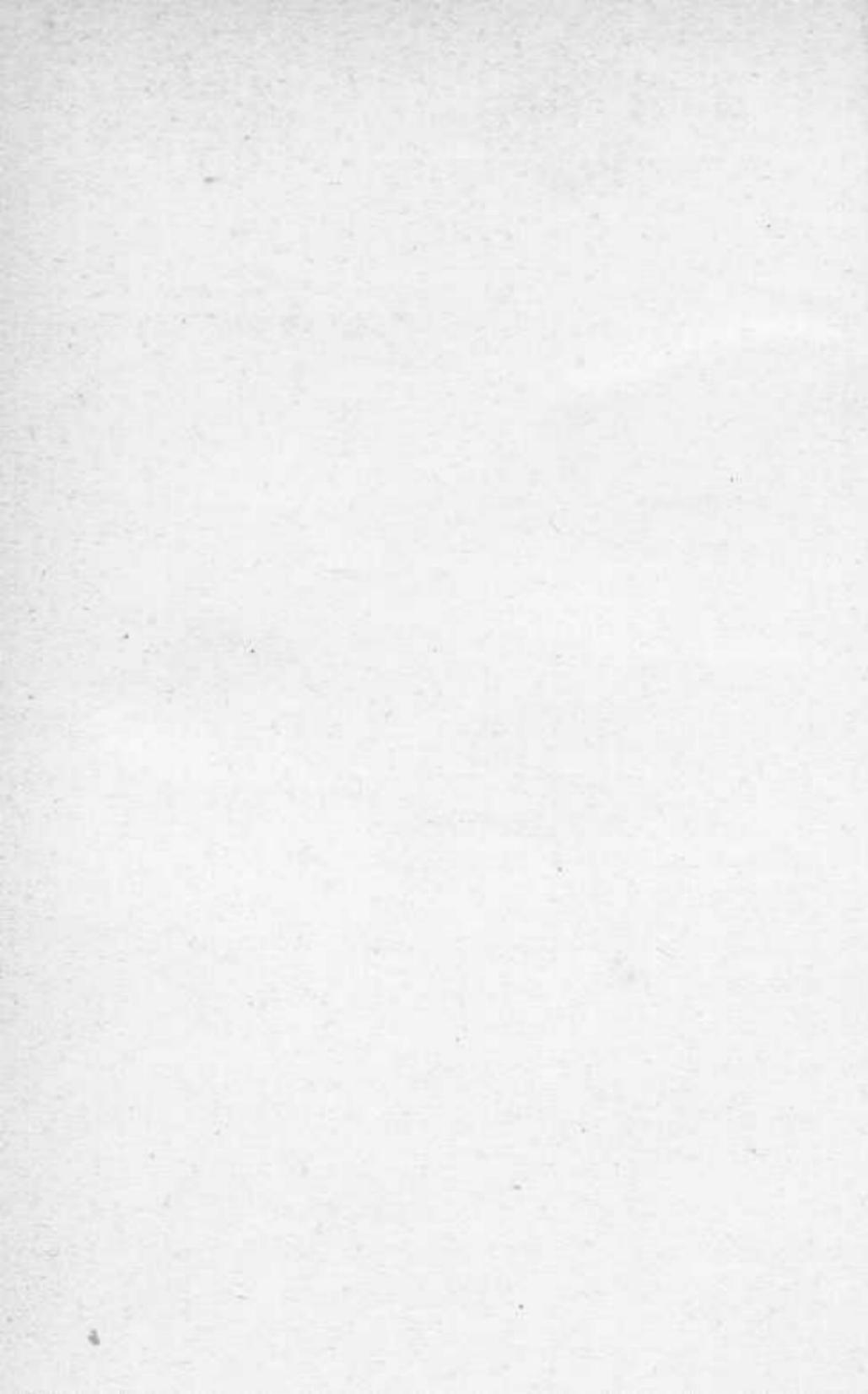
~ POR EL ~

**P. Casimiro de la Virgen del Carmen,
Carmelita Descalzo**

—
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS
—



BURGOS : : : : : : : : : 1915
TIPOGRAFÍA DE «EL MONTE CARMELO»





A GUISA DE PRÓLOGO

Fin supremo de toda santidad es la conformidad de nuestra vida con la de nuestro Salvador, que es el divino modelo de los predestinados. Todos los santos procuran imitarle, pero no todos de igual modo. Unos le imitan en la humildad de Belén; otros, en el retiro y obscuridad de Nazaret; éstos se sientan junto a Jesús en el templo para escuchar y meditar sus celestiales enseñanzas; aquéllos le siguen evangelizando a los pobres y pecadores, al paso que los más íntimos y privilegiados beben el cáliz de su pasión y se embriagan con las amarguras de su cruz. Pues bien, nuestra Santa Madre y Seráfica Doctora le imitó con toda la perfección posible a una simple criatura, en todos sus aspectos. Su santidad fué humilde, llana y sencilla como la de Jesús, hasta el punto de haber arran-

cado a la hermana de San Francisco de Borja esta preciosa confesión: «Bendito sea Dios que nos ha dejado ver una santa a quien todas podemos imitar; ella habla, duerme y come como nosotras, y conversa sin ceremonias ni melindres de espíritu. De Dios es, sin duda, el que ella tiene, pues es sincero y sin ficción, y vive entre nosotras, como él vivió». Como Jesús, estuvo cerca de treinta años preparándose en la obscuridad del claustro con oraciones y penitencias para el ministerio evangélico a que estaba destinada por la divina Providencia. Nadie como ella, Virgen extática, Doctora de la Mística y Madre de los espirituales, que como Moisés conversaba familiarmente con Dios y le veía cara a cara y llegó en el conocimiento de los arcanos divinos hasta donde es dado llegar a la inteligencia humana, puede gloriarse de no haber tenido otro maestro que a Jesucristo. A sus pies aprendió a romper todos los lazos de las aficiones terrenas, purgar su alma de las menores manchas y elevarse «a la más subida contemplación de los misterios del Verbo, en el cual se le descubrieron los más profundos arcanos

de la Trinidad augusta» (1). De sus divinos labios aprendió aquella doctrina celestial «maravillosamente eficaz para iluminar las almas y promover la enmienda de la vida», que nos legó en «tantos libros de Mística Teología y otros llenos de piedad, de los cuales el entendimiento y el espíritu de los fieles perciben y sacan abundantísimos frutos para el alma, y con ellos son encendidos, elevados y guiados a la patria celestial» (2). ¿Y qué apóstol de la divina palabra ha iluminado a tantos infelices que yacían sumidos en las sombras de la infidelidad y del pecado como esta Virgen bendita con su triple apostolado de la pluma, de la oración y de la penitencia? Finalmente, su vida fué un calvario continuo que ella subía diariamente, siendo sus enfermedades, sus penitencias, las dudas y turbaciones de su espíritu, la oposición y yerros de sus confesores, las persecuciones, calumnias y juicios desfavorables que tuvo que soportar y los gravísimos asuntos que trajo entre manos los clavos que la sujetaron a la cruz de su amado Redentor.

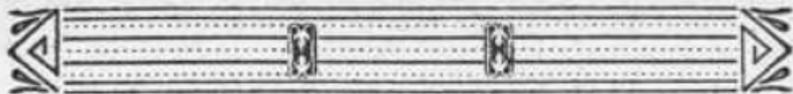
(1) Carta de Pfo X sobre el Centenario.

(2) Idem.

Ella misma lo dice hablando en tercera persona «que por espacio de cuarenta años en que Dios se dignó honrarla con favores especiales, no pasó un día sin angustia y varias especies de penas, fuera de las enfermedades continuas y grandes fatigas» (1). Por algo ha merecido ser llamada obra verdaderamente admirable de la diestra de Dios, maravilla de la gracia, espejo clarísimo donde Cristo reverbera, lucero hermosísimo del Carmelo que alumbra el mundo entero, honra del linaje humano, gloria eterna de España y envidia de las naciones, maestra de espíritus y Santa tan grande que de su santidad se pudieran hacer muchas, quedando en ella caudal para ser muy grande Santa. Veamos por qué caminos subió nuestra heroína a una santidad tan excelsa, para que conociéndolos, los sigamos, y siguiéndolos e imitándola en esta vida, seamos partícipes de su gloria.

(1) *Morada 6.ª*





Teresa de España y del Carmelo



Patria, padres y na- cimiento de Teresa

En histórico y nobilísimo solar castellano, álzase vaporosa y esbelta una ciudad, que por los blasones que ostenta, por haber mecido la cuna de innúmeros varones sin tacha y por haber embellecido el cielo de la Iglesia con astros de primera magnitud, mereció llamarse Avila de los Leales, de los Caballeros y de los Santos. Por su situación geográfica se destaca sobre todas las ciudades españolas, y sus murallas almenadas, en perfecto estado de conservación, le dan aspec-

to de reina invicta y poderosa. Tal es la cuna que la divina providencia deparó a aquella Mujer grande que excede a las demás con gran ventaja y descuella sobre ellas mucho más que los almenados muros de la capital del Adaja sobre todas las de la monarquía española.

Entre las muchas nobles familias que habitaban por los años de 1515 sus señoriales moradas, había una que se distinguía más por su piedad que por su nobleza, con serlo mucho. El jefe de la misma se llamaba Don Alonso Sánchez de Cepeda, que estuvo casado dos veces: la primera con D.^a Catalina del Peso y Henao, de quien tuvo tres hijos, y la segunda con D.^a Beatriz de Ahumada. Era este varón temeroso de Dios, caritativo con los pobres, piadoso con los criados, compasivo con los enfermos, honesto en gran manera, sencillo, enemigo de la doblez, de la murmuración y de la mentira, muy dado a la

lectura de buenos libros, austero consigo mismo y severo e intransigente con los defectos y flaquezas de su familia; pero sin ahogar nunca las dulces expansiones del corazón. Su esposa D.^a Beatriz de Ahumada, modelo de madres cristianas, procuraba despertar en sus hijos desde la más tierna edad el santo temor de Dios, aficionarlos a la virtud y hacerles muy devotos de los santos, en especial de la Santísima Virgen. Con ser todavía joven, hermosa en extremo y de muy buen ingenio y agradable trato, era grandísima su honestidad, tenía muchas virtudes y en todo se conducía con la mayor prudencia y recato.

A través de los torreones de la señorial morada de este matrimonio modelo, notábanse en la madrugada del 28 de Marzo de 1515 que algo inusitado sucedía. ¿Qué era ello? Un nuevo pimpollo había brotado del bendito y fecundo tronco de los Cepedas y Ahumadas; pimpollo que an-

dando el tiempo había de impregnar el mundo con la fragancia de sus heroicas virtudes. Ocho días más tarde recibió el Espíritu Santificador sobre la pila bautismal de la parroquia de San Juan, siéndole impuesto el nombre de Teresa. Este acto solemne inspiró a un ilustre vate del Carmelo Reformado la siguiente poesía humorística teresiana:

¡Qué guapa! ¡Qué hermosa estaba
En la pila bautismal!
El sacerdote dudaba
Sobre echarle, o no, la sal.
 ¡Tal su cara
Chispeaba gracia rara!
Mas por mucho que se lleve,
Con la sal más gracia llueve,
Y al ponérsela en sus labios,
 Cual tesoro
De la ciencia de los sabios,
 Labios de oro
Vió el ministro que tenía
 Con sorpresa:
«¡Qué serás, niña, algún día!»
Dijo mirando a Teresa.

El ministro del bautismo,
Acaso no sin misterio,
Sin decir ni un exorcismo
Dirigióse al Baptisterio.

—Señor preste,
No vi bautismo como éste:
Y no sabéis, imagino,
Quién es ella y su padrino.
Bautizadla, cual si fuera...

Real Infanta.

—Perdonad que la creyera
Yo... real santa,
Por eso, buen caballero,
Tan apriesa
En la Iglesia meter quiero
A vuestra ahijada Teresa.

—

Cuando el agua limpia y clara
Iba a echar a su cabeza
Encendiósele la cara
Sin saber lo que se reza.

—«Angel te hizo,
Yo ángeles no bautizo.
Vuelve, niña, y dile a Dios
Que venga un ángel y a vos
Bautice: venga te ruego:

Porque a mí
Me ciega el fuego: ese fuego
Que hay en ti:

Tu bautizo es el martirio.»—
Tal expresa
El ministro en su delirio
Al bautizar a Teresa.

Ya de cristianar al ángel
Formó la intención, al fin,
Y entonces creyóle arcángel.
Querubín y serafín:
Todo junto
Vió en ella punto por punto,
Y así, al hacerla cristiana:
—«Serafín en carne humana—
Prorrumpió,—yo te bautizo...
Y si a vos
Dios en esta forma os hizo,
Allá Dios:
No le usurpo su derecho»—
Tal se expresa
El ministro satisfecho
Al bautizar a Teresa.

Un Retrato de la Santa

La naturaleza, barruntando los prodigios que en ella obraría la gracia, se complació en embellecerla con sus más ricos carismas, los cuales se fueron manifestando con la edad.

«Le dió un natural hábil... generoso y no soberbio; amoroso, y no pegajoso; apacible, agradecido y agradable a todos, lleno de una discreción tan admirable, que cuando se descubrió con la edad, atraía y cautivaba cuantos corazones trataba. De suerte que afirman por cierto todos los que la conocieron y trataron muchos días, que nadie la conversaba que no se aficionase y perdiese por ella, y que, niña y doncella, seglar y monja, reformada y antes que se reformase, con cuantos la veían era como la piedra imán con el hierro. Porque el aseo y buen parecer de su persona y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condición la hermoseaban de manera que el profano y el Santo, el discreto y el reformado, los de más y los de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía de sí misma, quedaban como presos y cautivos de su trato» (1).

(1) Yepes, *Vida de Santa Teresa*, lib. I, c. 1.

Que es lo que con más brevedad y mejor ha escrito el llorado Pontífice Pío X, con estas palabras: «Generosa y pródiga fué con ella la naturaleza... Dotada de singular penetración de espíritu, grandeza de ánimo, bondad de corazón, energía de carácter, admirable sentido práctico en sus relaciones sociales y gran destreza en el manejo de los negocios, junto con una índole apacible y muy discretas y gentiles formas, lograba conquistarse con fuerza irresistible todas las voluntades» (1).

Albores de una gran santidad

Desde los primeros años de su infancia manifestó Teresa ser hija predilecta de la gracia, sintiéndose inclinada como por naturaleza al amor de Dios y de todas las cosas celestiales. Tenía varios hermanos y entre ellos uno a quien amaba entrañablemente.

(1) Carta de Pío X sobre el Centenario.

Llamábase Rodrigo, y fué testigo y compañero inseparable de sus fervores infantiles y de sus piadosas travesuras. Ambos hermanitos, dando de mano a las diversiones propias de su edad, se juntaban a rezar y leer vidas de santos. Bien pronto, el heroísmo de los mártires de Jesucristo comenzó a impresionar aquellos tiernos corazones, y prendiendo en ellos aquel fuego misterioso que el divino Redentor vino a poner al mundo, sintieron vivas ansias de sufrir el martirio para unirse pronto con Jesús y disfrutar así de los gozos eternos. «Como vía—escribe la Santa, evocando con placer los tiernos episodios de su infancia—los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así... Espantábanos mucho el [decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para siempre; acaecíanos, estar muchos ratos tratando esto, y gustá-

bamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre» (1).

Concertado que hubieron entrambos dirigirse a tierra de moros ganosos de predicarles la fe de Cristo y dar su vida por ella, sólo esperaban una ocasión oportuna para huir de la casa paterna y alcanzar el logro de sus deseos. Esta no tardó en ofrecérseles, aunque en momentos bien dolorosos, como reza la siguiente leyenda:

Dolor de hija y
amor de serafín

«Siete años cumplía Teresa en la madrugada del 28 de Marzo de 1552, cuando su madre, enferma de algún tiempo, se agravó tanto que inspiró temores de un inmediato y funesto desenlace. Momentos fueron estos de ansiedad y amargura: todo era confu-

(1) *Vida*, cap. I.

sión y espanto en la casa-palacio del noble Alonso Sánchez de Cepeda; en ella no se oía más que el extraño rumor que esparcen las angustias comprimidas y las lágrimas ahogadas.

»Junto al tálamo de muerte hallábase el esposo, la pena desbordándole del pecho, exprimiendo en la garganta los sollozos, y estrechando entre sus manos, la mano abrasada de la enferma. Con calladas y abundantes lágrimas regaba aquel semblante moribundo, queriendo apagar con ellas la fiebre impaciente por detener la marcha de aquel corazón agonizante...»

»Sus entrañables hijos, mudos de dolor, sollozaban a los pies del padre; Teresa se desmayaba al conocer la extrema gravedad de su madre, y los médicos y servidores, en actitud sombría, levantaban la mirada al Cielo, confesando que la situación era desesperada y que *sólo un milagro de Dios podía salvar la vida de la enferma.*

»Tan pronto como Teresa salió de

su desmayo llamó aparte a su hermano Rodrigo, y recordándole sus anhelos de *hacerse descabezar por los moros, en gloria de la fe de Jesucristo*.
¿Te parece, le dijo, que ofrezcamos nuestro martirio por la salud de madre?... ¡Es ella tan buena!... ¡Hace tanta falta, mientras que nosotros de nada servimos!... ¡Yo tengo la seguridad de que Dios nos oirá!... En el acto pusieron en ejecución su pensamiento, sin cuidarse de indagar en dónde encontrarían esa tierra de moros que buscaban... ¿Para qué?... ¡La infancia no reflexiona, sino siente!... La soberana voluntad de Dios, prelu-diando los dulcísimos favores que tenía reservados a Teresa, cooperó activamente a la varonil determinación de aquellos tiernos niños. Aprovechando, pues, la confusión que reinaba en la casa, salieron sin ser vistos, dirigiéndose al campo en dirección al puente del Adaja.

»Las aves madrugadoras que gor-

jeaban a su paso; el vientecillo de la mañana que jugaba en sus cabellos; la aurora matutina que con placer les sonreía; y hasta el monótono murmullo de las aguas del río, al discurrir serenas por un lecho de arena, tan pura como sus almas, parecían puestos de acuerdo para inspirarles confianza.

»Marchaba, pues, resuelta la incipiente Doctora de la Mística, y ya iluminada en la ciencia de morir por Cristo, iba infiltrando en el alma de Rodrigo sus ansias de martirio; *y sabes, hermano, le diría, que pena y gloria es para siempre: pongamos en manos de Dios este negocio, y nos saldrá como deseamos.*

»Cuando llegaron a las últimas casas de la ciudad e iban a comenzar lo que pudiera llamarse su campaña, se detuvieron ante la humilde iglesia del Hospital de San Lázaro. Entraron en ella con los pechos henchidos de esperanza y arrojándose en brazos

de María exclamaron: ¡Hay, Señora, que logremos morir por Cristo!... ¡Librad de la muerte a nuestra querida madre!... María, en apariencia permaneció muda; nada les dijo; pero en el mismo instante en que le dirigían su piadosa y singular plegaria, doña Beatriz abrió los ojos, y mirando en torno suyo, exclamaba con apacible y celestial contento: *parece que me siento curada...* ¡¡¡El milagro se había realizado!!! (1).

Camino del martirio

Mientras en casa de D. Alonso las penas se trocaban en gozos y los lamentos en gritos de alegría, caminaban presurosos nuestros dos angelitos a la conquista del martirio. ¡Serían de oír las pláticas celestiales con

(1) Esta encantadora narración, que si expresase un hecho rigurosamente histórico llenaría una laguna en la vida de la Santa, la hemos entresacado de un artículo publicado en el número de *El Eco de Castilla*, correspondiente al 15 de Octubre de 1904, por D. Isidro Benito Lapeña, que a su vez lo tomó de una leyenda antigua.

que los santos niños se animarían mutuamente a perseverar hasta el fin en la confesión de la fe! Parécenos ver a Teresita saltando de gozo y loca de alegría al representarse la escena que tendría lugar cuando, llegando ella a presencia del tirano, comenzase a reprenderle su ceguera e impiedad, exhortándole a recibir la doctrina de Jesucristo, a lo cual respondería él desenvainando furioso su alfanje y descabezándola de un tajo, con la cual iría, *¡para siempre! ¡para siempre!*, a gozar de la vida eterna. Embebidos en tan generosos pensamientos y ensayando la postura que habían de adoptar frente al verdugo y las palabras que pensaban dirigirle, llegaron al lugar denominado de los *cuatro postes*, donde se sentaron para descansar. ¡Nunca lo hicieron! Cuando ya creían tocar con la mano el cielo, he aquí que pasa por el lugar un tío suyo, que enterado del objeto de su viaje, entre admirado y enternecido

los devuelve a sus piadosos padres, que les buscaban desolados por toda la ciudad, temerosos de que se hubieran caído en algún pozo o les hubiese sucedido cualquiera otra desgracia. Al saberse en casa el motivo de su ausencia, enternecieronse todos, lo cual no impidió que D. Alonso les reprendiera cariñosamente, en especial a Rodriguito como el más mozo; a lo cual él excusábase diciendo: «Teresa tiene la culpa».

«Este rasgo heroico de la niña Teresa—escribe el Padre Pons—excitó de tal modo la admiración del Papa Gregorio XV, que ordenó a su secretario lo hiciera constar en el proceso de Canonización. Y Mons. Ciampolo, después de haberlo consignado, se expresa así: ¡Qué fortaleza tan admirable resplandece en la virgen española! En aquella edad en que de ordinario los niños temen las sombras de la misma casa paterna, ella se arranca a los tiernos abrazos de su familia, y

se encamina a la ferocidad agarena para suplicarla que con su crueldad dé pábulo a su amor» (1).

Teresa había pedido a María, con todo el fervor y la ingenuidad de su ardoroso, infantil corazón, la gracia del martirio, y la Reina de los cielos, que nunca le había de negar cosa que le pidiese, se la concedió muy cumplida; pero enderezando la petición de modo, que en lugar del martirio cruento y momentáneo que ella deseaba, le otorgó uno muy prolongado, pero más dulce y glorioso, en el que el verdugo es el amor y el lugar del sacrificio no es el árido y tétrico monte calvario; sino las cumbres amenísimas del Carmelo, en las que, entre las espinas de la penitencia y mediante el rocío de la contemplación, crecen y despiden embriagadores aromas las flores de todas las virtudes.

(1) *Vida de Santa Teresa de Jesús*, c. IV, n. 2.

Angeles y flores

Convencidos los prematuros santitos de la imposibilidad en que se encontraban de seguir las huellas de los mártires, se propusieron subir al cielo por la escala mística de los anacoretas. Con este objeto levantaban unas ermitillas en el huerto de su casa, a las cuales se retiraban para leer vidas de santos, platicar de cosas espirituales, guardar sus ratitos de silencio, hacer sus devociones y rezar una y muchas veces el Santo Rosario, del que eran devotísimos, a imitación de su virtuosa madre. ¡Serían de oír las pláticas y comentarios que a estos angelitos sugerirían aquellas lecturas piadosas, y los pensamientos tan tiernos que les inspirarían la vista de las florecillas del jardín sobre la hermosura de Dios y la belleza de las virtudes que tan al vivo representaban! Más de una vez escucharían en su

interior, sobre todo Teresita, la voz del Esposo de las almas puras, que les haría entender y explicaría el lenguaje de las flores, y no será aventurado suponer que entre El y ella se entablarían con frecuencia diálogos como el siguiente:

Jesús con Teresa hablaba
En un jardín cierto día;
Un árbol les escuchaba,
Una tórtola arrullaba,
Una fuente sonreía.

—Jardinera, jardinera,
Jardinerita sin par:
Si yo una flor te pidiera,
¿No me la quisieras dar?

—Con mil amores que sí;
Escoged: no hay una lacia.

—¿Cómo se cortan?

—*Anst.*

—Esta me hace mucha gracia.

—Pues vos la queréis... *amén.*

Pero es flor harto ordinaria

—¿Tú la conoces?

—Muy bien.

Llamámosla «Pasionaria».

—¿Pasionaria? ¡Triste nombre!

Me recuerda mi Pasión,
Que sólo me ofrece el hombre
¡Aflicción tras aflicción!

—Mas, ya esta flor sabe a mieles,
Que tú en ella las pusiste.

—Primero libé las hieles
Que vertiera el hombre triste.

—¿Gotas de mirra y de hiel
Apuraste en su corola?

—¡Un mar de amargura cruel
De una *Pasionaria* sola

Gusté en mi postrer tormento
Cuando copió mis dolores

Esta flor del sufrimiento,
La más triste de las flores!

—Porque me gusta el sufrir,
Mucho esa flor me cautiva.

—¿Con que, mucho?

—¡Hasta morir!

—Luego no es flor *siempreviva*.

—¿*Siempreviva* queréis Vos?

—Es la flor que más me place.

—¿Queréis una...? ¿Queréis dos...?

—Una a mi amor satisface.

—Tomadla.

—Y, ¿cómo se llama
Tan encarnadita flor?

—Mi corazón tanto la ama
Que la llama «Flor de amor».

—¿Con que, tanto la ama?

—¡Tanto...

Que al cielo llevarla anhelo.

—¿Ella es tu gloria?

—¡Es mi encanto!

—¿Qué dieras por ella?

—¡Un cielo!

—¿Sólo un cielo?... ¡Ay de mí triste!

¿Tanto amor pagas así?

—Es que tiempo no me diste

A decir: ¡Te quiero a Ti!»

—¿Siempre viviré en tu huerto?

—Siempre *viva* serás de él.

—¿Me quieres en la cruz muerto?

—¡Cómo no, mi amante fiel!

—De sangre allí jaspeado

De mi cuerpo está el marfil.

—Salpicada de encarnado

Es la flor de mi pensil.

—Tu flor es digna diadema

Del más grande emperador.

—Mi flor sólo es de Ti emblema,

Tú eres de verdad mi amor.

—Mas, si mi rostro mirares

Verás en él surcos rojos.

—Escogido entre millares,

¡Así te quieren mis ojos!

—Jardinera, Jardinera,

Coronado estoy de espinas.

—Pues yo de tu cabellera

Seré cual las golondrinas;

Volaré entre sus bandadas
Hasta posarme en tu cruz,
Pues en la cruz más me agrada
Que en el Tabor entre luz.

—Gracias, mi jardinera;
No lo olvidaré jamás.

—Gracias por esta visita,
Desde hoy te amo mucho más.

La tórtola lastimera
Y la fuente placentera
Imitan con su rumor:
La fuente a la jardinera,
Aquella a la «Flor de amor».
Y aquel árbol corpulento,
Que aun existe en su convento,
Este diálogo copió
Tal como lo cuento yo,
Fiel cronista de este cuento. (1)

Era muy amiga de jugar a las monjas con las niñas de su edad y así fabricaba pretensos monasterios, que luego se caían. ¡Qué poco sospechaba ella que algún día levantaría a su

1 «PASIONARIA Y SIEMPREVIVA».—*Humorismo Teresiano, por Fr. Florian del Carmelo Teresiano.*—*«El Monte Carmelo», núm. 91.*

primitiva perfección la casa solariega de María!

La mejor madre

En estos y otros santos ejercicios perseveró hasta que plugo al Señor llevarse al cielo a D.^a Beatriz. Pronto conoció Teresita la magnitud de la desgracia que había sobrevenido a su familia, y sintiendo el vacío inmenso que dejaba en su corazón la falta de aquel ser idolatrado, acudió llena de congoja a la que es refugio de los afligidos y bálsamo de salud y se arrojó en sus brazos suplicándola que pues había perdido a su madre la recibiese por hija. «Paréceme—escribía la Santa años más tarde—que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido: porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado a ella, y, en fin, me ha tornado a sí» (1). Véase como pin-

(1) *Vida*, c. I.

ta un trovador teresiano este conmovedor episodio de la vida de nuestra Santa.

..... apenas doce años
habrá cumplido la niña,
que saliendo de su casa
a la de Dios se encamina.
Viste luto riguroso
y sin embargo cautiva,
si una vez se la contempla,
su hermosura peregrina.
Es difícil haya en Avila
una muchacha tan linda.
Es airoso ya su talle,
su frente espaciosa y limpia,
fresca y graciosa su boca
y rosadas sus mejillas,
que sombrean en contorno
los pliegues de su mantilla.
Semeja ligera corza
que apenas el suelo pisa,
cándida estrella naciente,
o hermosa flor de la vida,
que abre sus pétalos de oro
al rayo que la ilumina.
Sigámosla, que del templo
el cancel traspasa lista,
y cruzando la ancha nave
donde a través de la ojiva

con el fulgor de las lámparas
lucha ya el albor del día,
a la sombra que proyecta
el arco de una capilla,
tan bella como devota
arrodíllase la niña.
En el altar se distingue,
de Serafines ceñida,
tan piadosa como bella
una imagen de María.
En sus miradas hay algo
que consuela al que la mira,
si el que se postra a sus plantas
de consuelos necesita.
Mas ¿qué tiene que parece
que está llorando la niña?
Escuchemos por si acaso
nos lo revela ella misma
cuando a la piadosa Virgen
así le cuenta sus cuitas.

Sola, triste y sin consuelo
Vesme aquí, Reina del cielo
Y Madre del bello amor,
Que desgarrado mi pecho,
E insomne, riego mi lecho
Con lágrimas de dolor.

A ti acudo, pues que sabes
Del dolor las penas graves,
Virgen piadosa, calmar.

Si hay alivio a mis dolores
Sólo tú, Virgen de amores,
Los podrás pronto aliviar.

Huérfana y triste en el suelo
En demanda de consuelo
A ti siempre acudiré.
Si hacia mi vuelves los ojos
Los punzadores abrojos
Del mundo no temeré.
Si me abaten los pesares
Humillada a tus altares
Madre mía me verás.
En todo combate rudo
Tú serás mi fuerte escudo,
Mi salvadora serás.

Y cual hija a quien no cuadre
Sino obsequiar a su Madre
Ser su corona y su honor:
Yo tus glorias proclamando
Y tu culto dilatando
Quiero probarte mi amor.

Una dulce sonrisa encantadora
Dibujóse en los labios de escarlata
De la Madre de Dios así que oyera
De la piadosa niña la plegaria,
Declarando con esto el dulce agrado
Que su pecho sentía al adoptarla
Por hija singular de su cariño,
Ya que de madre huérfana quedaba.

: Belleza y prendas :

naturales de Teresa

«Era—escribe el P. Antonio de la Encarnación—de muy buena estatura y disposición, en todo lo exterior y corporal, llena de mil gracias y hermosura; el rostro redondo y lleno y de buen tamaño y proporción; el color blanco y encarnado apacible; el cabello negro y crespo; la frente ancha y lisa; los ojos negros y vivos, con un mirar lleno de gravedad; las cejas algo gruesas y llenas; la nariz pequeña, su punta algo redonda y un poco inclinada para abajo; la boca siempre proporcionada con el rostro, junto a la cual tenía tres lunares que la agraciaban mucho. De los ojos y frente parecían salirle muchas veces rayos de resplandor: perfección natural, aunque peregrina, advertida también por los antiguos en algunas mu-

jeros de raro y extremado parecer». (1), Otro biógrafo suyo completa este cuadro magistral con la descripción que hace de sus dotes intelectuales y morales.

«Diola Dios-escribe el P. Ribera-un entendimiento grande que abrazaba mucho, y agudo, un juicio reposado, no nada arrojado, sino lleno de madurez y de cordura. Pensaba muy bien lo que había de hacer, y vía lo que había en la cosa de que pensaba, y después de determinada tenía gran constancia y firmeza para seguirlo y llevarlo al cabo. Su prudencia era mucha para encaminar las cosas que emprendía y para gobernar los monasterios..... Calaba con gran facilidad el entendimiento, y talento, y condición de las personas que trataba, y vía por donde las había de llevar..... Tenía un ánimo más que de mujer, fuer-

(1) *Vida y milagros de la Esclarecida y Seráfica Virgen Santa Teresa*, por el P. Fray Antonio de la Encarnación, c. II.

te y varonil, con que alcanzaba lo que quería..... Tenía grandeza de corazón, que es la virtud que llaman magnanimidad, y así no dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y éstas gustaba mucho: las que eran fáciles y ordinarias no la daban ese contento..... Su habla era muy graciosa, y su conversación muy suave, grave, alegre, llana, cuerda, y a cualquiera cosa que se tratase salía muy bien; y entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían. De aquí venía que adonde quiera que iba era muy querida de todos, y juntamente muy estimada. Hablaba familiar y humanamente con todos, con alegría, con amor, sin enconamiento, y con una santa y apacible libertad, de tal manera, que quien la vía y sabía de sus cosas se espantaba de ver que quien tan alta oración tenía y tan familiarmente trataba con Dios, hablase con

los hombres como si nada de aquello tuviera». (1)

Alarmado el demonio al ver en Teresita una santidad tan precoz y un conjunto tan admirable de dones naturales, temió el daño que de ella recibiría, si llegaba a confirmarse en la piedad, por lo cual, aprovechando su inexperiencia y orfandad, se propuso hacer todos los posibles para desviarla de la senda recta de la virtud y llevarla por las prohibidas y tortuosas veredas del siglo. Veamos brevemente de qué ardides se sirvió.

Lecturas frívolas y compañías peligrosas.

El ser D.^a Beatriz modelo viviente de todas las virtudes, no impidió que fuese algún tanto aficionada a leer libros novelescos o de caballerías, como entonces se decía, más para

1 *Vida de Santa Teresa*, l. IV, c. I.

distraerse de sus muchos sufrimientos que por puro gusto y afición. Lo peor del caso era que esto lo hacía en presencia de sus niños, permitiendo que ellos también los leyesen, con el vano y fútil pretexto, que hoy mismo alegan muchas madres para cohonestar su censurable proceder, de que estas lecturas no pasan de ser inofensivos pasatiempos, y sirven para depurar el gusto literario de sus hijos. Presto se pegó este defecto a Teresita, y tan pegado, que si no tenía libro nuevo, no le parecía tenía contento. El efecto que semejantes lecturas produjeron en ella fué rápido y desastroso. En poco tiempo el amor de Dios se resfrió en su alma, perdió el gusto a la oración, abandonó ciertas prácticas piadosas, y la soledad silencio y mortificación se le hicieron repulsivos.

Juntóse a esto la mala compañía de una parienta suya muy metida en las frivolidades mundanas, con cuyo trato y conversación la que hasta

poco antes, como verdadera hija de Dios y esposa del Cielo, no pensaba más que en cómo mejor servirle y agradarle, comenzó a tomar sabor a los pasatiempos mundanos, a desear ver y ser vista, a rizar su cabello con mucho cuidado de manos y caras, a procurar galas y aderezos, a usar ricos perfumes y otras vanidades de gente moza con el fin de agradar a las criaturas, aunque no con mala intención positiva pues *no quisiera hubiera en el mundo quien a Dios ofendiera por su ocasión*; que no es posible encuentre gusto en ellas, quien tiene su alma impregnada del espíritu mundano.

Oigan los padres cristianos lo que escribe la Santa sobre las malas compañías y lo que importa en la mocedad tratar con personas virtuosas para que anden muy sobre aviso acerca de las amistades que cultivan sus hijos: «Ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de

comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él..... Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor..... Espántome algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad, debe ser mayor el mal que hace. Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosa, no me dejó casi ninguna... Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud».

Una estrella profética

Muy ufano andaba el enemigo de su obra y muy gozoso esperando cosas mayores, al ver que la temida doncella había caído en sus redes, pero el bueno de D. Alonso, que no la perdía de vista y miraba con sobresalto el cambio tan radical que había sufrido su Teresita en el corto espacio de tres meses, resolvió atajar el mal en su raíz y dió con ella en el monasterio de las religiosas agustinas de Nuestra Señora de Gracia, donde se educaban las jóvenes de las familias más distinguidas de Avila, burlando de modo tan sencillo los planes de Satanás.

Cuenta la Crónica de la Orden (1) que estando las monjas juntas en oración días antes que esto tuviera lugar, apareció una luz a manera de estrella, la cual, habiendo dado vuelta so-

(1) L. I, c. VII, n. 3.

bre las cabezas de las religiosas, en llegando a una de ellas, llamada María Briceño, pareció entrársele dentro del pecho, sin que se viera después más. Esta religiosa era la maestra de las educandas, y con aquella luz misteriosa tal vez quiso el Señor declarar los gloriosos destinos de la nueva educanda y el cuidado particular que la maestra había de tener de ella.

Triunfo de la gracia

Habiendo sido las malas lecturas y compañías la causa de su retroceso en el camino de la virtud, con las exhortaciones de Sor María Briceño, la lectura de libros piadosos y los ejemplos de virtud que veía por todas partes, no sólo recuperó el fervor perdido, sino que comenzó a sentir deseos de consagrarse enteramente a Dios en el retiro del claustro. El Señor, por su parte, para purificar aquella alma escogida de la esco-

ria que se le había pegado en su trato con el mundo, la envió una grave enfermedad, que la obligó a volver a casa de su padre. Así que se vió algo aliviada, D. Alonso resolvió enviarla con su hermana mayor Doña María, que residía en Castellanos de la Cañada, para que con sus regalos y la vida campestre repusiera las fuerzas perdidas. Siendo ésta una señora virtuosísima, encontró en ella estímulo y ayuda para la práctica de la virtud, aprendió a meditar las verdades eternas y en esas meditaciones se convenció de la vanidad del mundo, de la importancia suma de la salvación eterna y del peligro en que había estado de perder su alma, de haber seguido por el camino emprendido. Con esto comenzaron a rebullir cada día con más fuerza sus deseos de dar un ¡adiós! eterno al mundo vano y falaz, como así lo hizo vencidas con heroica fortaleza las dificultades insuperables que le opusieron

de consuno el mundo, el demonio y su mismo padre. ¡Triunfo insigne de la gracia divina!

Al Carmelo

No hay palabras más adecuadas para declarar la pena grandísima que experimentó Teresita al huir de la casa paterna para entrar en la de su Madre Santísima del Carmen, que las siguientes que ella misma nos dejó escritas: «Acuérdaseme, a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, porque como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre, y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra» (1).

(1) *Vid.*, c. III.

Con su entrada en el Carmelo termina la primera etapa de la vida de nuestra Santa, en la que sus virtuosos padres, aunque de distinto modo, influyeron decisivamente. D. Alonso, inculcando a sus hijos la lectura de libros buenos, animándoles con su ejemplo a la práctica de las virtudes y no dándoles jamás ocasión de escándalo, contribuyó a desarrollar el natural virtuoso de Teresita y fué causa de aquella vida angelical, de aquellos fervores de serafín y de aquellas resoluciones heroicas, que tanto nos admiran y edifican al recordar su niñez. D.^a Beatriz, infiltrando en su corazón un amor tiernísimo a la Reina de los cielos, fué su salvación en los momentos más críticos de su vida; pero, aficionándola a lecturas frívolas y nocivas, la puso inconscientemente en la senda de la perdición. Ahora comienza el mismo Dios a escribir en el alma de Teresa una de las vidas más santas y prodigiosas

que han admirado los siglos. Habramos con suma reverencia este libro escrito con caracteres divinos, y pasemos ligeramente la vista por las bellísimas páginas que contiene.

Viste el hábito de
María y es visitada
con grandes rega-
:: los y trabajos ::

Veintiún años de edad contaba Teresa cuando vistió el hábito de María, y fué tanto el gozo que experimentó, tanta la ternura y el gusto espiritual que sentía en medio de las penitencias, humillaciones, retiro y demás prácticas piadosas de la vida religiosa, que no la hubiera cambiado por la más regalada del mundo. Hacia el fin de su noviciado comenzó el Señor a visitarla con aquella larga serie de enfermedades que tan bien la dispusieron para la íntima unión con Dios.

Pasado el año de noviciado hizo su profesión con grandísimo contento, aunque no sin haber sido antes muy combatida por el demonio. Después de su profesión se agravaron de tal modo sus dolencias que no hallando los médicos de Avila remedio alguno para ellas, D. Alonso resolvió ponerla en manos de una famosa curandera que por aquel entonces vivía en un pueblo llamado Bezadas, no lejos de Castellanos de la Cañada, residencia de su hermana D.^a María de Cepeda, que, como ya se ha notado, la amaba entrañablemente. Los desatinados remedios que la prescribía la curandera la redujeron a tal estado, que si Dios no la hubiera conservado milagrosamente para cosas tan grandes, presto la habrían llevado a la eternidad. «Estuve en aquel lugar, escribe la Santa, tres meses, con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexión, a los dos meses, a poder de medicinas, me

tenían casi acabada la vida, y el rigor del mal de corazón de que me fuí a curar era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia.... Estaba tan abrasada que se me comenzaron a encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda» (1).

Al borde del sepulcro

En Agosto de 1537 atravesó la enfermedad una crisis peligrosísima. El día de la Asunción dióle un paroxismo que le duró cuatro días, durante los cuales permaneció sin sentido y la tuvieron por muerta, hasta el punto de que en un convento de religiosos se celebraron sus exequias, y en la Encarnación tenían abierta la sepultura y estaban esperando su cadáver para

(1) *Vid.*, c. V.

enterrarle. La víspera de caer en este letargo pidió con urgencia un confesor, pero D. Alonso, juzgando que el deseo de confesarse que mostraba su hija obedecía a un temor infundado y demasiado vivo de una muerte próxima, y que esto podría agravar su enfermedad, cediendo a los impulsos de un amor mal entendido y queriendo infundirla ánimos haciéndole comprender que su estado no era tan desesperado como ella se imaginaba, le negó, por entonces, la confesión. ¡Cuál, pues, no sería la pena de un padre tan virtuoso y en todas sus cosas tan prudente al ver que por su culpa moría sin confesión! De aquí sus continuos lamentos y oraciones pidiendo a Dios que la tornara a la vida para que recibiera los Santos Sacramentos. Por fin quiso el Señor que súbitamente volviese en sí, y, entonces, fijando sus ojos en los de su padre que la miraban arrasados en lágrimas, comenzó a quejarse, como

si despertara de un dulce sueño, diciendo que para qué la habían llamado, que había visto el infierno y estaba en el cielo, que por su medio se salvarían muchas almas, que había de fundar muchos monasterios, que moriría santa, y que su cuerpo, antes que le enterrasen, había de estar cubierto con un paño de brocado, todo lo cual se cumplió al pie de la letra. Da pena oír contar a la santa el estado en que se encontraba después de haber recobrado el conocimiento. «Quedé—escribe—destos cuatro días de paroxismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida. La garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, y con grandísimo desatino de cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aque-

llos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, sino me meneaban: sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí, no había como, porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir» (1).

Así que se la mitigaron los dolores volvió a su amado monasterio, donde «a la que esperaban muerta recibieron con alma, mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle». Tres años permaneció paralítica, y cuando al fin de ellos «comenzó a andar a gatas, alababa a Dios». Estos tan crueles sufrimientos los llevó con tanta resignación y alegría que era la admiración de cuantos la rodeaban y se echaba de ver claro que su flaqueza natural se hallaba sostenida por una fuerza divina, la cual recibía en el trato con Dios, que era ya muy su-

(1) *Vid.*, c. VI.

bido, pues había llegado a la oración de quietud y comenzaba a entrar en la de unión, en las cuales gustaba grandísimos consuelos espirituales.

Cuán grande cosa es ser
devotos de San José

Su conformidad con la voluntad de Dios y su resignación en medio de tantos sufrimientos era perfecta; mas queriendo el Señor sacarla de aquel estado y ensalzar por su medio al glorioso patriarca San José, la movió a tomarle por especial abogado y protector, el cual correspondió a su devoción asistiéndola en todas sus necesidades. «Como me vi tan tullida, dice, y en tan poca edad y cuál me habían puesto los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo... Tomé por abogado al glorioso San José y encomendéme mucho a él, vi claro que así desta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma,

este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma, que a otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad: a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre, siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide... Querría yo persuadir a todos fuesen devotos deste glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios... Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este

glorioso Patriarca y tenerle devoción» (1). Esta devoción a San José y su propagación en el pueblo cristiano no fueron para Teresa un sentimiento pasajero de gratitud hacia su bienhechor, sino que constituyó como parte integrante de su vida espiritual, móvil de muchas de sus empresas y blanco de su prodigiosa actividad. A ella debe atribuirse, como a su principio, esa tierna y universal devoción que con tanto provecho espiritual se profesa hoy en la Iglesia al Santo Patriarca. Ella fué la primera en dedicarle una iglesia, puso bajo su patrocinio la sagrada Reforma y le erigió un altar en todas sus fundaciones y en el corazón de sus hijos, a quienes encomendó esta devoción como precioso legado. El en cambio favoreció a la Santa en todas sus necesidades, la ayudó en sus fundaciones y cuidó solícito del bien espiritual y temporal

(1) Ibid.

de sus Comunidades. En la Reforma se recuerdan interesantes anécdotas y tradiciones de hechos en los que se ve cuan a pecho tomó el bendito Santo el oficio no solo de protector sino también de celador que le confirió su gran devota. El R. P. Florián ha inmortalizado una de ellas en las siguientes estrofas:

Del coro ante un lindo altar
Teresa se halla de pie,
Y se le está oyendo hablar
En lenguaje familiar
Con el Señor San José.

Vuelve de una fundación,
Y al llegar al santuario
Aquel de la Encarnación,
Va a pedir cuenta y razón
Al que dejó por Vicario.

—Contadme, pues, Señor mío:
(dijo al volver esta vez)

—Pues como hace tanto frío
Está el coro más vacío,
Se advierte más dejadez.—

(Así el Santo contestaba;
Y así llanamente hablaba
Con Teresa, la Priora,

Mientras todo lo escuchaba
Una monja: la cantora).

—¿Y el silencio?...

—Así así...

No del todo satisfecho,
Que, a veces llega hasta aquí
Un cierto *quiquiriquí*
A que yo no estoy muy hecho.—

(Y la monja que a la puerta
Está con la oreja alerta,
Murmura para su toca:
«Santo, cierra ya la boca,
Que se te queda hoy abierta»)

Teresa inquiere:—¿Se reza
Muy despacio, o muy deprisa,
o cual conviene?

—Hay pereza

Tal vez; tal vez se tropieza;
Tal vez hay una sonrisa.—

(«¿Con que *tal vez?*...» la que
(escucha

Entre dientes dice:—«pero...
Su charla va siendo mucha;
San José sois muy parlero
Y esta Priora es muy ducha.»)

—Y el refectorio y cocina,
¿Anda como debe andar?
—Pesch... así... alguna cosina,
Poca cosa, una sardina,
Sin permiso vi guisar.

«(—¿A que le dice quién fué?—)»
Murmura la que esto oyó.

«—No os canto más, San José,
Con el amor que os canté
Si contáis que he sido yo).»

—¿Quizá fuera la cantora?
—La cantora fué de fijo.

(«Al cabo... al cabo lo dijo;
¡Qué lengua más habladora
Tiene el Padre... de su Hijo!—)»

—¿Y en la huerta?

—¡Ah! en la huerta

Se falta a la caridad.

(La cantora que está alerta,
Hace ruido con la puerta
Al oír esta verdad.)

—Alguien nos oye; ese ruido...

—Sin duda será del viento.

(«—Bien; pues todo lo que he oído
Contaré, y aquí reunido
Estará al punto el convento.—)»

Se marchó la monja espía,
Y el Santo desde su nicho
Dando a Teresa seguía
Razón de su vicaría
Tal y como yo lo he dicho.

— — —

Mas, bajando el diapasón,
Yo no sé por qué razón,

Hablan con voz misteriosa;
Pero no debe haber cosa
Por lo de a continuación.

—¿Hay algo de monta?

—Nada

Sino es esto que has oído;
Desde que estás de prelada
Va esta casa mejorada
Y me va gustando el nido.

—¿Y el oficio os place?

—Quiero

Ser tu vicario, hija mía,
Aunque me llamen *Parlero*,
Pues sabe el convento entero
Mis hablas y vicaría.

—¡*Parlerito* San José!

Yo haré que el oficio os cuadre,
Pues desde hoy os llamaré
«Tercero en mi amor» y, a fe,
Que no os pesará, mi Padre.

Decid, decid a mi Amor

Cuando esté en vuestro regazo,
Que para el fuerte dolor
Del dardo, no hallo mejor
Remedio... que un dulce abrazo.

Que no hay manzanas ni flores
Que den a mi alma reposo,
Ni se calman mis dolores
Con medicinas mejores
Que el arrullo de mi Esposo.

Decidle, mi buen *Parlero*,
Que mi sangre gota a gota
Va diciendo: «Tanto os quiero,
Que muero porque no muero»
Y aun sangre mi herida brota.

Aquí Teresa calló,
Y al mirar abrir la puerta
Al punto se arrodilló
Y la respuesta quedó
Del Santo en la boca abierta.

Llegan con santa algazara
Al coro las religiosas,
Y al ver del Santo la cara
Sin temer su fresca vara
Incrépanle cariñosas.

«¡Parlero!» exclamó una lega,
«¡Parlero!..... ¡Piquito de oro!»
Dicen nueve o diez a coro;
Y según cada una llega
Echa un «¡Parlero!» sonoro.

Con la boca abierta está,
No sabemos hasta cuando,
Mas por las muestras que da
No la quiere cerrar ya
Para estar por siempre hablando.

Yo le pedí placentero
Cuando fuí a hablarle a su nicho,
Sus memorias de Tercero,
¡Y qué de cosas me ha dicho
Aquel Vicario Parlero!

Un compás de espera

Queriendo el Señor levantar a su sierva a las más altas cumbres de la perfección, en las cuales corre peligro de desvanecerse el que no ha echado hondas raíces en la humildad, permitió que cayese en algunos defectos, se entibiara algún tanto en el servicio de Dios y que, después de haberse alimentado con el manjar de los ángeles y de haber gustado la leche suavísima de la divina consolación en los místicos arrobos de la oración de quietud y de unión, sacase gusto al trato con las criaturas. Algo más de un año permaneció en este estado de relativa disipación y tibieza, hasta que hallándose ya persuadida de su nada, de su impotencia para todo lo que fuese virtud y de que si algo bueno tenía era dádiva gratuita de la bondad divina, el Señor la sacó de él, dándole a entender en forma bien

expresiva cuánto le desagradaba su conducta y cómo en adelante no había de conversar más que con El. Conocida claramente la voluntad divina, se arrojó resueltamente en los brazos de su Esposo diciendo: *¿Qué tengo yo sin Vos en el cielo? y ¿qué he de desear fuera de Vos sobre la tierra?* (1).

A paso de gigante

El Real Profeta describe en uno de sus salmos el curso del sol a través de los cielos comparándole «a un esposo que sale de su tálamo nupcial, y salta como gigante a correr su camino. Levántase de una extremidad del cielo y le recorre hasta el otro extremo, sin que haya nadie que se libre de su calor» (2). Esta misma comparación podría servirnos para explicar los rápidos progresos que hizo la Vir-

(1) *Salm.* 11, v. 6-7.

(2) *Salm.* 72, v. 25.

gen avilesa en el camino de la perfección desde el momento en que, apartándose completamente de las criaturas y renunciando a todos sus consuelos, se entregó de lleno al servicio de Dios. Rotos uno por uno todos los lazos de las aficiones terrenas, libre de los más leves defectos y engolfada en la práctica de las más heroicas virtudes, su trato y conversación era con el pecho de la suma deidad. Sus éxtasis, arrobamientos y las apariciones de su divino Esposo, de la Santísima Virgen y de S. José se sucedían con tanta frecuencia, le eran tan familiares que, aunque su cuerpo, lleno de enfermedades se arcastraba por la tierra, su alma vivía en una esfera superior, en la región de lo sobrenatural, de lo divino. ¿Quién podrá seguir a esta virgen seráfica en sus místicas y sublimes ascensiones? Veamos de rastrear la excelsitud de su santidad, las maravillas de su vida enteramente sobrenatural por algu-

nas de las mercedes que el Señor le hizo por este tiempo.

Con los ángeles

Hallábase cierto día rezando con grandísimo fervor el *Veni Creator Spiritus* pidiendo al Señor le diese luz y gracia para agradarle en todo, cuando le vino un arrobamiento tan grande que la sacó de sí. En él oyó la voz del Señor que le dijo estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles* (1). Estas palabras la transformaron de tal modo, que en adelante vivió en este mundo como si en él no hubiera nacido, y quedó tan desprendida de todas las cosas de la tierra, que nunca más pudo tener amistad, consolación ni amor particular a las criaturas, sino en cuanto la encaminaban a Dios y así lo exigía el divino

(1) *Vid.*, c. IV.

servicio. Este fué el primer rapto que tuvo, y de ahí en adelante las visitas, locuciones y el trato amoroso con Dios eran ordinarios.

Dominio sobre el infierno

Estando en cierta ocasión con mucha pena por temor de que fuese el demonio transfigurado en ángel de luz el autor de aquellas apariciones y prodigiosas manifestaciones del orden sobrenatural, díjole el Señor: *No hayas miedo, hija, que yo soy, y no te desampararé, no temas.* Quedó con esto tan sosegada y tranquila que con todo el mundo disputara que era Dios el que la hablaba, adquiriendo también tal dominio sobre los demonios, que tomando una cruz en la mano, los desafiaba diciendo: «Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver lo que me podéis hacer» (1).

(1) *Vid.*, c. XXIV.

Dios premia su obediencia

Crecían de día en día las mercedes que el Señor le dispensaba, y con ellas el temor de sus confesores de que fuera víctima del demonio. Para probarla más y más y convencerse de que era Dios, llegaron hasta el punto de mandarla que al notar alguna visión o aparición de las que solía tener se santiguase e hiciese higas, o figuras irrisorias con la mano. Como ella no podía dudar ser Dios el que se la mostraba, y por otra parte todo lo que era fuera de obediencia le parecía sospechoso, obedecía, pero no sin experimentar angustias mortales. Mas por no santiguarse a cada momento solía traer una cruz en la mano, la cual mostraba así que descubría la visión. Estando cierto día la Santa suplicando al Señor que la perdonase, pues lo hacía por obedecer al que representaba su persona y estaba en

su lugar, se la tomó Jesucristo, y al tornársela vió con grandísimo gozo que las cuatro piezas de ébano de que estaba formada se habían convertido en cuatro piedras grandes mucho más preciosas que diamantes, y en ellas impresas de muy linda hechura las cinco llagas del Redentor, prometiéndola que en adelante no vería la madera de que estaba hecha, sino las piedras preciosas con sus cinco sacratísimas llagas. Así demostró el Señor cuán agradable le era la obediencia de Teresa, aun en cosa tan disparatada como la que dió motivo a este favor.

Amor seráfico

Poco tiempo después de esta merced el Señor le hizo otra, que por lo maravillosa y singular la Iglesia ha establecido una fiesta particular para celebrarla. Veía la Santa cabe sí, al lado izquierdo y en forma corporal,

un bellissimo Serafín que con un dardo de oro encendido la transverberaba el corazón, pareciéndole que al sacarle la arrancaba las entrañas, dejándola inflamada en el más ardiente y divino amor. «Era, dice ella misma, tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento. Los días que duraba esto andaba como embozada: no quisiera ver, ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado» (1). Parece que la Santa contaba cuarenta y cuatro años

(1) *Vid.*, c. XXV.

de edad cuando recibió por primera vez esta gracia inaudita. Después la recibió con frecuencia, y con este motivo compuso la preciosa canción siguiente:

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.

Con el golpe fui herida,
Y aunque la herida es mortal,
Es un dolor sin igual
Es muerte que causa vida.

Si mata ¿cómo da vida?
Y si vida ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere,
Y se ve con él unida?

Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance,
Sale triunfando del lance
Obrando grandes hazañas.

En la iglesia de las MM. Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes se venera, incorrupto como su cuerpo, el corazón de la endiosada Teresa, viéndose en él clara y distintamente la

herida que le abrió el Serafín, con los bordes requemados, como si hubiera sido hecha con un hierro candente. Benedicto XIII, instituyó en 25 de Mayo de 1726 la fiesta de la Transverberacion del corazón de Santa Teresa, que se celebra con oficio propio en la Orden Carmelitana y en todos los dominios de España. Benedicto XIV concedió una indulgencia plenaria a todos los fieles que visitaren alguna iglesia del Carmen, el día en que se celebra esta fiesta, que es el 27 de Agosto.

Desposorio místico
de Jesús con Teresa

Por los años de 1560 hizo Santa Teresa el voto seráfico, rarísimo aun entre los santos, de hacer lo que fuere más perfecto en todos los instantes de su vida. De este modo, y con frecuentes y admirables visiones de la sacratísima Humanidad de Jesucristo,

del Espíritu Santo, (ya en figura de paloma, ya en la de un mancebo hermosísimo rodeado de clarísimas llamas) y de toda la Beatísima Trinidad, la iba el Señor disponiendo para celebrar con ella el matrimonio espiritual, que tuvo lugar con las siguientes solemnidades. Estando un día para comulgar la Seráfica Virgen, se le apareció Jesucristo con grande hermosura, y vestido de gloria y majestad, y mostrándole la llaga de su mano izquierda sacó de ella un clavo tinto en sangre, y dándosele con la derecha y estrechando al mismo tiempo su mano, le dijo: *Mira, hija, este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido; de aquí en adelante, no sólo como Criador, y como Rey y tu Dios mirarás por mi honra, sino también como verdadera esposa mía. Mi honra es tuya, y la tuya es mía.*

«Veía en este tiempo su alma—escribe el P. Antonio de la Encarna-

ción—como una nube que la ha embestido el sol con la fuerza de su claridad y rayos, que toda está llena de luz y penetrada de ella, de tal manera, que por donde quiera que se mira parece un sol. Así después de este limpio ayuntamiento con Cristo, no solamente su virtud y su luz le parecía a ella estaba en su alma, sino también su mismo espíritu de Cristo en cierta manera mezclado con el suyo; como un agua que del cielo cae en un río, que luego se mezcla con él, sin que se pueda discernir cuál es el agua del río y cuál la del cielo que en él cayó. Así, después que este rocío celestial vino sobre su alma y se juntó con ella con tan estrecho nudo y lazo de amor, no la parecía hallaba en sí su espíritu, sino el de Cristo, y en Cristo el de ella, en quien de tal manera estaba transformada, que ni vivía en sí, ni sentía a sí, ni pensaba en sí, ni quería a sí, ni aun andaba en sí, sino extraña de toda humana con-

versación, y enajenada de su condición, decía con el Apóstol: «Vivo yo; mas ya no yo; vive Cristo en mí».

Finezas de esposo

»Suelen en el mundo los desposados—continúa el mismo escritor—llevar sus queridas esposas para que vean a sus padres y reconozcan sus parientes, y ellos haciéndolas favores y dando preseas de estima y dones ricos, dan muestras del amor que las tienen y del gusto con que están por el desposorio. Lo mismo hizo Cristo con esta amorosa esposa suya que tanto amaba. Llevóla a ver su Padre eterno, a quien enseñándosela, dijo: *Esta que me diste, Padre, te doy*. En inefables visiones la mostró todas las tres personas de la Santísima Trinidad, de quienes un día santo de la Asunción, recibió la Santa Virgen tres joyas, dándola cada una de aquellas tres divinas personas palabra de que

en tres cosas se vería enriquecida de allí adelante, conviene a saber: en padecer trabajos con contento; en estar muy mejorada en la caridad, poseyendo esta virtud en grado heroico, y en sentir en el alma este divino amor con grande encendimiento.

»Pensando una vez la Santa en el grande amor que había tenido a Cristo la bienaventurada María Magdalena, con una santa envidia de lo mucho que le había querido, y cómo el mismo Señor se lo había pagado, aun estando en la tierra, la dijo el mismo Señor: *A ésta tuve por amiga mientras estuve en el mundo, y a ti tengo por esposa estando en el cielo.* Y añadió más, regalándose con ella: *Quiérote tanto, que si no hubiera criado los cielos y la tierra, sólo por amor de ti los hiciera y criara.* Este dulce requiebro inspiró a D. Bartolomé Leonardo de Argensola el siguiente magnífico soneto:

A su Teresa Cristo en visión clara
Que no sufrió ni trasparente velo,
«Si no hubiera criado, esposa, el cielo,
Para ti sola, dijo, le criara».

Si corresponde estimación tan rara,
Oh Virgen, al fervor de vuestro celo,
Cual para unión, o cual felice vuelo
De absorto serafín se le compara;

Si a sola vos, y sólo en vuestras bodas
Se os da por dote el ámbito glorioso
Que fué a las almas justas dedicado,

Decid si allí nos muestra el sacro Esposo
Que, aunque las ama en exquisito grado,
Ha puesto en vos el mérito de todas.

Estando una vez muy afligida, se le apareció también su dueño esposo, y no pudiendo hacerse ella fuerza para comer, le partió la comida y llegándosela a la boca la dijo: *Come, hija, y pasa como pudieres; bien veo lo que padeces, mas esto te conviene por ahora* (1).

(1) *Vid.*, s. XXIX.

Una página de teología

Para comprender bien todo el alcance de estas locuciones divinas y los efectos que causarían en el alma de la Santa, preciso es tener presente que la palabra divina, a diferencia de la humana, que en nada altera el ser de las cosas, obra lo que significa, según enseña la Teología, o como dice la Seráfica Doctora: *sus palabras son obras*. Por eso, cuando le dijo: *No quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*, le concedió el señorío sobre los hombres y sobre sí misma, infundiéndole un espíritu nuevo y una lengua nueva para entender y hablar la de los ángeles. Junto con aquellas palabras: *No temas, yo soy*, recibió tal seguridad de que era Dios el que le hacía tales mercedes, que hubiera sido capaz de convencer de error a todos los teólogos del mundo que opinaran lo con-

trario, y fué desde entonces tan completo su señorío sobre los demonios, que no les tenía más miedo que si fueran moscas. Igualmente, al decirle: *serás mi esposa desde hoy*, le concedió todas las prerrogativas, gracias y derechos inherentes al estado matrimonial. ¡Cuán grande es la bondad divina, pues así se digna levantar al polvo de la tierra sobre las celestiales jerarquías!

Apostolado de la Santa

El año de 1562 señala una nueva y gloriosa etapa en la vida de nuestra Santa. «Siendo condición propia de la caridad el hacer sentir su benéfica influencia a todas las personas y por todos los medios imaginables, no se contentó Teresa con inmolarse ella sola por el bien de las almas, sino que buscó quien la ayudase y en quien pudiera perpetuar su vida de oración, sacrificio y celo por la salvación del

prójimo» (1). Así como nuestro divino Salvador pasó seis lustros en el retiro, en el silencio y en la oración antes de comenzar su corto apostolado de tres años, igualmente preparó a Santa Teresa con muchos años de oración y penitencia para la ardua empresa que había de llevar a cabo, restituyendo a su primitiva perfección la Orden Carmelitana. Por un conjunto de causas, que no hace al caso examinar, el Carmelo yacía agostado y falto de aquel verdor y frondosidad que tan célebre le habían hecho en mejores tiempos. En vano habían tratado varones insignes de infundirle nueva vida con el riego fecundante de su doctrina, de su celo y de sus eximias virtudes, esta gloria estaba reservada a la Virgen castellana y sólo ella lo llevaría a feliz término. Apenas se hizo público su propósito, se levantó el infierno contra ella, se desencadenaron todas las pasiones, los que de-

(1) *Vid.*, c. X.

bían secundar su obra la censuraron y estorbaron con todas sus fuerzas, y fueron de tal magnitud las primeras dificultades con que tropezó, que bastaban para amedrentar a cualquier espíritu que no tuviera el temple de Teresa.

Actividad prodigiosa

Por fin, el Señor sosegó aquella tempestad, y el 24 de Agosto de 1562 puso, en compañía de otras cuatro religiosas la piedra angular de la Descalcez carmelitana, nombrando patrono y protector de la misma al glorioso patriarca San José. Destituída de todo favor humano, llena de penosas y gravísimas enfermedades, teniendo que sufrir las mayores privaciones, soportar las molestias de viajes penosísimos, las inclemencias de las estaciones y el rigor de los elementos, y luchando contra los potentados del siglo y la oposición de los buenos, fué

de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo reclutando por doquier «escuadrones valientes y fuertes, que peleaban con gran denuedo, fortaleza y valor por la Casa del Dios de Sabbath y por su ley y por el cumplimiento de sus mandatos, con las armas espirituales de todas las virtudes» (1), levantando tronos de amor al Amor de los amores, en los cuales, gran número de almas predilectas «que prefiriendo la desnudez de la Cruz a las riquezas, honras y delicias del mundo, y felices en el silencio de su retiro, se inmolan a Dios como víctimas inocentes consumidas por el fuego de la caridad en aras de la penitencia cristiana» (2). Veinte años duraron sus tareas verdaderamente apostólicas, durante los cuales desarrolló una actividad asombrosa en la fundación de treinta y dos monasterios, pasados los cuales Dios re-

(1) Carta de Pío X sobre el Centenario.

(2) *Bull. Canon.*

tiró de ella la virtud sobrenatural que la había sostenido muchos años a pesar de las enfermedades mortales, de los sacrificios y trabajos sobrenaturales que tuvo que soportar, y así en brazos de su Esposo divino y acompañada de la Santísima Virgen, de San José y de innumerables ángeles y santos, pasó desde Alba de Tormes al descanso eterno, el día 4 de Octubre de 1582, cuando contaba 67 años de edad. Un ilustre cantor de la vida, muerte, milagros y fundaciones de la Santa, el Rdo. Pablo Verdugo de la Cueva, de quien afirmó Lope de Vega que había dado a la Santa Madre la mayor gloria que hasta su tiempo le habían dado humanas alabanzas, hizo en dulces quintillas y quartetas una magnífica relación de los últimos momentos de la Virgen avileña, la cual transcribimos para que la lean y mediten nuestros lectores.

Viendo cerca su partida
llamó a las monjas, quien dellas

siempre ha sido obedecida,
para despedirse dellas
primero que de la vida.

A todas pidió perdón
de los yerros que ha tenido
en su oficio y religión,
pero qué pocos han sido
los yerros que no lo son.

Mandólas que siempre fuesen
hijas de la Iglesia santa,
que en su observancia viviesen,
y que en ella, pues es tanta,
sus reglas obedeciesen.

Mandólas sepan tener
con los trabajos contento,
y con esto acertó a hacer
las mandas del testamento,
pues las manda obedecer.

Despídese y las advierte,
que pues la ven de camino
no se olviden de la muerte,
y haciendo un sermón divino
las dijo de aqueste suerte:

—Las que en el mar de esta vida
navegando a remo y vela,
buscando puerto seguro
os vais a meter en tierra.

Si en la de la sepultura
habemos de entrar por fuerza,

caigamos de voluntad
en el hoyo y en la cuenta.

Hijas, procurá acertar
el fin, que si el fin se yerra
se perderá a Dios sin fin
para que el alma se pierda.

La gloria de la virtud
donde tanto se interesa
en acabar bien está,
que empezar todas empiezan.

Poco importa que al principio
imaginéis como necias
que sois el dueño de casa,
si a la postre os dejan fuera.

¿De qué sirve caminar
hasta llegar a la venta,
si al cabo de la jornada
halláis cerrada la puerta?

En el buen fin está todo,
que en las cosas de la Iglesia
poco sabe de Evangelios
quien los finales no acierta.

En este mundo voltario,
que tantas leyes se alegan,
si las de Dios no se saben,
las del mundo ¿qué aprovechan?

Todo su poder ¿qué importa
si es que por dicha os condenan,
que por desdicha será,
y no lo será pequeña?

Si por Dios dejáis al mundo
vivid con gusto sujetas,
que la libertad del alma
se gana con la obediencia.

La riqueza ¿de qué sirve?
los escudos ¿de qué prestan,
si para el golpe de Dios
ningún escudo es defensa?

¿De qué sirve la hermosura,
qué importa la gentileza,
pues no es moneda que corre
sino moneda que vuela?

Las ruedas de aquesta vida
¿qué sirve ser tan ligeras,
si a la postrera jornada
le falta el eje a la rueda?

¿Qué importa soñaros vivos,
pues vemos que duerme y sueña
quien no despierta al morir
y muere cuando despierta?

¿Qué importa pasar briosas
la calle de la soberbia,
si no se recoge el freno
al acabar la carrera?

Ir en la grúa del mundo
y querer subir por ella,
¿qué importa si el tiro falta
y viene abajo la piedra?

¿Qué importa al subir al cielo
subir despacio o depriesa,

si al echar el postrer paso
se nos quiebra la escalera?

La luz de las buenas obras,
¿qué importará que se encienda,
si cuando viene la noche
se nos muere la candela?

¿Qué importa que en dos balanzas
el alma su gloria tenga
pesando toda la vida,
si en la muerte no la pesa?

Para volar hasta el cielo,
¿qué importan alas de cera,
si se derriten las alas
y nunca al cielo se llega?

¿Qué importa buenos deseos
dados a Dios por respuesta,
si falta al alma el aviso
en la postrera estafeta?

¿Qué importa que como cartas
al cielo vayan y vengan,
si se yerra el sobrescrito
en la postrera cubierta?

Cuidado con el proceso
entre Dios y la conciencia,
y haced con tiempo el descargo,
no pase el tiempo de prueba.

Yo me muero poco a poco,
y al cielo parto contenta,
pues se acaban mis trabajos
y mi descanso comienza.

Quedaos con él, que me voy,
Hijas, y tened paciencia,
que en el cielo me hallaréis
si me perdéis en la tierra.—

Dijo, y para descansar,
por tomar algún aliento,
calló sin volver a hablar,
sólo pidió el Sacramento
para acabar de acabar.

«Al punto de expirar se vió salir de su boca una como paloma blanca, y al mismo tiempo apareció sobre la torre de la iglesia una luciente estrella y viéronse otras muchas maravillas, con que daba a entender el Señor la seguridad de su gloria y alteza de su premio». «En acabando de expirar quedó su rostro hermoso sobremañera, blanco como el alabastro, y sus manos y pies tan transparentes, que parece se podía mirar en ellos, llena toda de señales manifiestas de santidad. Fué tan grande el admirable olor que salía de su santo cuerpo cuando le vestían y componían para

enterrarle, que trascendía con su fragancia toda la casa. Y de rato en rato parecía que venían nuevas oleadas con nueva suavidad y fragancia de celestial olor, siendo tanta la fuerza y demasía de él, que fué necesario se abriesen las ventanas para sufrirle. Quedó este olor, no sólo en la enfermería, cama, ropa y vestidos de la Santa, sino en todas las demás cosas a que tocó» (1).

Los muchos y estupendos milagros con que el Señor glorificó a su regalada esposa movieron a la Santidad de Paulo V a inscribir su nombre en el álbum de los bienaventurados, en 24 de Abril de 1614, y Gregorio XV, gran devoto de la Santa, expidió la Bula de canonización en 12 de Marzo de 1622.

Vista ya la santidad eminente a la que fué encumbrada esta Virgen gloriosísima, veamos los ejercicios y prácticas piadosos en que hemos de

(1) P. Antonio de la Encarnación, *Vida*, c. XXX.

ejercitarnos, si aspiramos a seguir sus pasos por la senda de la virtud. San Alfonso M.^a de Liguorio ha extractado las reglas prácticas de perfección cristiana, que la Seráfica Doctora trazó en sus admirables escritos, las cuales insertamos a continuación.





BREVE PRÁCTICA

de la perfección según la doctrina
de Santa Teresa.

Toda la perfección consiste en llevar a la práctica dos cosas: primera, EL DESPRENDIMIENTO DE LAS CRIATURAS; segunda, LA UNIÓN CON DIOS.

Esta doctrina está contenida en aquel gran documento que nos dejó Jesucristo: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame*» (1).

PARTE PRIMERA

DEL DESPRENDIMIENTO DE LAS
CRIATURAS.

Todo lo que hay en el mundo—escribe el Apóstol San Juan,—es concu-

(1) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. *Matth.*, XVI, 24.

piscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (1).

Por manera que todas las imperfecciones nacen de tres amores desordenados: del amor a los *placeres*, del amor a los *bienes de fortuna*, y del amor a la *propia estimación*.

Acerca de lo cual tiene Santa Teresa una hermosa sentencia: «Es perdido quien tras perdido anda» (2).

§ I

COMO SE VENCE EL AMOR DE LOS PLACERES.

El amor, primeramente, de los *placeres* y de las propias satisfacciones se vence despegándose de ellos por medio de la *mortificación* así *externa* como *interna*.

I. LA MORTIFICACIÓN INTERNA tiene por objeto regular las pasiones, no

(1) Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae. I *Joan.*, II, 16.

(2) *Vida*, cap. XXXIV.

obrando nunca por amor propio, por vanidad, por capricho o por motivos humanos; sino únicamente para agradar a Dios.

Las pasiones internas se encierran todas sustancialmente en dos, a saber, *apetito irascible* y *apetito concupiscible*.

APETITO IRASCIBLE.

En cuanto al *apetito irascible*, la pasión principal es la *ira*, la cual se vence con la virtud de la *mansedumbre*.

Esta se ejercita con los actos siguientes:

1.º Jamás irritarse contra el prójimo.

2.º Hablar a todos igualmente con dulzura.

3.º Hablar en un tono moderado, con semblante sereno y en términos suaves, especialmente a las personas airadas o molestas.

4.º Sufrir con paciencia los defec-

tos del prójimo, las injurias y las molestias.

5.º No turbarse ni perder el ánimo por las propias faltas, sino humillarse en seguida, levantarse en paz con un breve acto de contrición, y sin volver a pensar en lo ocurrido, emprender nuevamente la carrera con mayor fervor y mayor confianza en Dios; y hacer esto mismo siempre que se cayere.

6.º No hablar nunca ni obrar, cuando el corazón está alterado. «He hecho un pacto con mi lengua—decía San Francisco de Sales,—de no hablar, cuando mi corazón está turbado». En tales ocasiones ayuda no poco descubrir la turbación al director o a otra persona espiritual.

CONCUPISCIBLE

En cuanto al *apetito concupiscible*, es preciso despojarse del amor desordenado a toda clase de personas,

especialmente a la juventud o a personas de otro sexo, evitando su trato, las palabras o cartas afectuosas, los regalos, las bromas, y todo cuanto pudiera encender el afecto. Decía Santa Teresa: «Quitadas de los ojos las ocasiones, luego me volvía a amar a su Majestad» (1). Y si se trata de parientes, procuremos siempre contentar a Dios antes que a ellos; porque los parientes miran más a sus intereses que a nuestro provecho.

Es menester, por consiguiente:

1.º No dejar el ejercicio de las virtudes necesarias por condescender con sus exigencias.

2.º Cuando Dios llamase a estado o vida de mayor perfección, dejarlos valerosamente, obedeciendo antes a Dios que a ellos.

3.º No mezclarse en asuntos de la casa, con perjuicio del propio aprovechamiento, sin urgente motivo de caridad.

(1) *Vida*, cap. IX.

Pertenece asimismo al *apetito concupiscible* el vencimiento de la propia voluntad, que se logra con la virtud de la *obediencia*.

Decía Santa Teresa, que el camino más corto para la perfección es el de la obediencia. Y exclamaba: «¡Oh virtud de obedecer que todo lo puedes!» (1). Decía igualmente Santa Catalina de Bolonia que la obediencia por sí sola es más agradable a Dios que todas las otras obras buenas.

Por eso en la práctica es menester:

1.º *En las cosas del alma*, por pequeñas que sean, dirigirse siempre por la obediencia, o de los superiores, o de las reglas del instituto, o del padre espiritual que cada cual ha de tener necesariamente. «Yo creo—dice Santa Teresa,—que como el demonio ve que no hay camino que más presto lleve a la suma perfección, que el de la obediencia, pone tantos disgustos y

(1) *Vida*, cap. XVIII.

dificultades» (1). «¡Oh Señor—exclama en otra parte,—¡y cómo de un alma, que está ya determinada a amarros..., no queréis otra cosa, sino que obedezca!» (2).

2.º Obedecer *prontamente*, dejando cualquier otra ocupación, y en todas cosas, suponiendo siempre que lo que se manda, no sea evidentemente pecado.

3.º Obedecer *de buen grado* y no con amargura.

4.º Obedecer *a ciegas*, sin buscar la razón, sino uniformando nuestro propio parecer con el parecer de los superiores.

5.º Por último, en las cosas buenas, cuando no se ve obediencia expresa, lo más seguro es decidirse por *lo que más contrarie* nuestra propia inclinación.

II. LA MORTIFICACIÓN EXTERNA tie-

(1) *Fundaciones*, cap. V.

(2) *Ibid.*, cap. V.

ne por objeto desasirnos de los placeres de los sentidos, mortificando

1.º *La vista.* No mirar objetos ilícitos o peligrosos o curiosos. Andar con los ojos bajos. Guardar modestia consigo mismo, al vestirse y desnudarse, y en todas las demás acciones.

2.º *El oído.* Alejarse de los sitios donde se murmura, o se tienen conversaciones impuras, o de novedades profanas.

3.º *El olfato.* Privarse de oler flores, esencias, perfumes y demás.

4.º *El gusto.* Para mortificar el gusto, se ha de tener en cuenta *la cantidad.* 1.º No comer o beber sólo por gusto, ni hasta saciarse, sino lo suficiente. 2.º No comer fuera de hora. 3.º Dejar siempre en la mesa alguna cosa por amor de Jesús y de María. 4.º Cenar parcamente, y aun alguna que otra noche dejar la cena. 5.º Practicar la abstinencia algunos días en semana. 6.º El viernes o el sábado

ayunar a pan y agua, o por lo menos tomar de un solo plato.

En cuanto a *la calidad* de los alimentos, 1.º no busquen manjares delicados y apetitosos, ni condimentos exquisitos, hierbas aromáticas, y salsas y cosas semejantes. 2.º Usar alguna vez en la comida hierbas amargas. 3.º Por lo menos, no quejarse, si vienen los alimentos mal preparados, fríos o sin los debidos condimentos.

5.º *El tacto*. 1.º No buscar excesivas comodidades en el dormir, en el vestir o estar sentado. 2.º Privarse de lumbre en el invierno y de guantes, y de abanico en el verano. 3.º Imponerse alguna mortificación afflictiva, como disciplinas, cadenillas, crucecitas con puntas de hierro u otras semejantes, pero siempre con autorización del director; «de lo contrario—dice San Felipe Neri,—o se pierde la salud o se pierde la humildad». 4.º No quejarse, por lo menos, de las enfermedades, trabajos, incomodidades,

angustias interiores; y ofrecérselo todo a Nuestro Señor continuamente.

Santa Teresa nos dejó sobre este punto de la mortificación externa las siguientes hermosas sentencias: «Creer que admite Dios a su amistad a gente regalada y sin trabajos, es disbarate» (1). «Regalo y oración no se compadecen» (2). «¡Oh caridad de los que verdaderamente aman a este Señor! ¡Qué poco descanso podrán tener!» (3).

A la mortificación externa pertenece también el mortificar *la lengua* con la virtud del *silencio*, que abraza: 1.º Hablar poco y pensarlo bien. 2.º Tener alguna hora del día en que no se hable nada, si no es por necesidad. 3.º Hablar frecuentemente con Dios e intercalar siempre en las conversaciones alguna reflexión espiritual. «Quiso Nuestro Señor—escribe Santa Teresa,—que viese claro que a seme-

(1) *Camino de perfección*, cap. XVIII.

(2) *Camino de perfección*, cap. IV.

(3) *Fundaciones*, cap. V.

jantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en El» (1).

§ II

COMO SE VENCE EL AMOR DE LAS RIQUEZAS

El segundo amor desordenado es el de las *riquezas*, y se vence con la virtud de la *pobreza*.

TRES GRADOS

1.º Renunciar a todo lo superfluo, reduciéndose a lo estrictamente necesario, o cuando menos deshacerse de todo apego a lo que se posee.

2.º Tomar para sí con preferencia las cosas más ordinarias.

3.º Alegrarse cuando falta hasta lo necesario.

Decía Santa Teresa de la pobreza: «Es un bien, que todos los bienes del

(1) *Vida*, cap. XXXIV.

mundo encierra en sí» (1). Y en otro lugar: «Mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad» (2).

§ III

COMO SE VENCE EL AMOR DE LA PROPIA ESTIMA

El tercer amor desordenado es el de la *propia estima*, y este último se vence con la virtud de la *humildad*.

Para practicarla es necesario:

1.º De cuanto bien se hiciere, dar a Dios toda la gloria, desechando lejos del corazón toda vana complacencia. «Creamos—escribe nuestra Santa,—que quien nos da los bienes, nos dará gracia, para que en comenzando el demonio a tentar en este caso, le entendamos, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo a El, y no a los hombres» (3).

(1) *Camino de perfección*, cap. II.

(2) *Fundaciones*, cap. XIV.

(3) *Vida*, cap. X.

2.º Juzgarse a sí mismo el peor de todos, y a todos mejores que a sí, mirando siempre los defectos propios y los méritos de los demás, y ponderando especialmente las muchas gracias de Dios recibidas.

3.º Desear ser tenido también de otros y tratado de esa manera.

4.º No buscar honores, alabanzas, ni altos cargos; antes ni siquiera aceptarlos, como no sea por obediencia a los superiores.

5.º No excusarse o defenderse aun caso de ser injustamente acusado, salvo que mediase escándalo o se impidiese mayor gloria de Dios. Escribe a este propósito Santa Teresa: «Más levanta una cosa de éstas a las veces el alma, que diez sermones» (1).

6.º Sin necesidad por algún bien grande no decir jamás palabra de propia alabanza acerca de sus talentos, de su alcurnia, de su parentela, de sus riquezas, y cosas parecidas.

(1) *Camino de perfección*, cap. XV.

7.º Sufrir, y hasta alegrarse delante de Dios de verse despreciado, reprendido, burlado, calumniado y perseguido. Pregunta Santa Teresa: «¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abraza, y las ame, y las desee? (1).

Acerca de esto observaremos que los Santos han llegado en la práctica de esta virtud hasta pedir a Dios con insistencia la gracia de ser despreciados por su amor.

Bien será, por lo menos, prepararse en la oración a soportar los desprecios, proponiéndose los diversos casos que podrían ocurrir.

«Delante de la Sabiduría infinita—dice Santa Teresa,—créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo» (2).

(1) *Vida*, cap. XXVI.

(2) *Vida*, cap. XV.

SEGUNDA PARTE

DE LA UNIÓN CON DIOS

Otra cosa hay que, conforme arriba indicamos, conduce a la perfección, y hasta puede afirmarse que es la principal para llegar a ella, conviene a saber, la *unión con Dios*, la cual se consigue por los siguientes medios:

El perfecto amor de Dios.

La oración mental.

La sagrada Comunión.

La oración de ruegos.

La presencia de Dios.

Varias prácticas devotas.

La caridad para con el prójimo.

§ I

EL PERFECTO AMOR DE DIOS

Consiste el perfecto amor de Dios en amarle

1.º *Sobre todas las cosas, guardán-*

dose más de cometer un pecado, por leve que sea, o una falta deliberada, a ojos abiertos, que de perder la misma vida. «Pecado muy de advertencia, dice Santa Teresa, por muy chico que sea, Dios nos libre de él» (1). Y añade: «Por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros, por donde entren las muy grandes» (2). «La verdadera devoción, advierte, consiste en no ofender a Dios y en determinarse a hacer todo el bien».

2.º *De todo corazón*, deseando resueltamente llegar a la mayor perfección, para agradar a Dios. «He visto claro, nota aquí Santa Teresa, no dejar Dios sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno» (3). Y añade en otro lugar que de ordinario no quiere Su Majestad comunicar sus grandezas y dar de sus tesoros, sino a los que entiende que mucho lo de-

(1) *Camino de perfección*, cap. XLI.

(2) *Fundaciones*, cap. XXIX.

(3) *Vida*, cap. IV.

sean (1). Es evidente que a los deseos se ha de juntar el proceder con energía en las ocasiones y peligros, y el vencer los respetos humanos, las naturales repugnancias y la afición a los intereses terrenales.

3.º *Continuamente y en todas las ocasiones* ordenar y ofrecer al Señor todas las cosas, hasta las acciones indiferentes, como tomar alimento, recrearse lícitamente; en fin todo, cada paso, cada respiración; uniéndolo siempre a las acciones de Jesús y de María, mientras estaban en la tierra.

4.º *Sufrir con alegría* por su amor todas las cosas penosas y contrarias, conformándose, o por mejor decir, uniformándose con la voluntad de Dios en todo cuanto Su Majestad quiere hacer en nosotros o de nosotros. Sobre lo cual nos dejó Santa Teresa excelentes doctrinas. «¿Y qué más ganancia que tener algún testimonio

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXIV.

que contentamos a Dios?» (1). Y explica cuál sea este testimonio con una luz que Nuestro Señor le había concedido: «Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en procurar mi voluntad» (2). «¡Oh hermanas mías! exclama, ¡qué fuerzas tiene este don de nuestra voluntad! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en Sí» (3). «Hacer mi voluntad una con la de Dios: ésta es la unión que yo deseo, y querría en todas» (4).

5.º Por último, si hemos de tener ardiendo en nuestro corazón la llama del divino amor, ha de ser a condición de que hagamos durante el día *frecuentes actos de amor*, y especialmente en la oración mental y en la Comunión, diciendo por ejemplo:

(1) *Vida*, cap. X.

(2) *Relaciones*, III.

(3) *Camino de perfección*, cap. XXXII.

(4) *Fundaciones*, cap. V.

«Amantísimo Dios, único tesoro mío y mi todo, yo os amo de todo corazón. Me doy todo a Vos sin reserva, y os consagro todos mis pensamientos, todos mis afectos. No quiero, ni anhelo, ni busco otra cosa que a Vos, a Vos solo, Vida mía. Vuestro gusto es el mío. Haced en mí y de mí cuanto os agrade. Dios mío y mi Bien, dadme vuestro amor, y nada más os pido».

§ II

LA ORACIÓN MENTAL

Para llegar a la unión con Dios, es menester practicar la oración mental. Este ejercicio, dice San Juan Clímaco, que tiene la propiedad de unir el alma con Dios por medio del amor, que se enciende en la oración.

Convendrá por lo tanto dedicar a la oración *todo el tiempo que se pueda*, cuando menos media hora por la mañana y otra media por la tarde, meditando las verdades eternas, o los di-

vinos beneficios, o mejor aún la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Después de la *consideración*, siempre que el alma no sea por extraordinaria merced elevada por Dios a la contemplación, bien será se detenga en los *afectos y devotas aspiraciones*, pero sin violentarse, tratando de hacerlo, no con sensibilidad, sino con pura voluntad. Debe igualmente detenerse en ofrecer a Dios sus *peticiones*. La oración finalmente se termina tomando alguna *resolución particular* para el propio adelantamiento.

Pondérense ahora los bellos documentos que Santa Teresa nos dejó acerca de la oración. Tráenos primeramente uno de su padre, el cual decía que el tiempo que no se dedica a la oración, sino a visitas inútiles, es tiempo perdido (1). Hablando más adelante de cuando engañada por el demonio, dejó la oración un año o

(1) *Vida*, cap. VII.

año y medio, escribe: «Y no fuera más, ni fué, que meterme yo misma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno» (1). «Otras personas se aprovecharán, escribe en su *Vida*, en especial si tienen letras, que es un grande tesoro para este ejercicio, a mi parecer, si son con humildad» (2).

Acerca de las sequedades en la oración, ¡oh qué alientos infunde la Santa! «Tengo para mí, dice, que quiere el Señor dar muchas veces estos tormentos y otras muchas tentaciones..., para probar a sus amadores... No deje jamás la oración; y así se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la cruz: tiempo vendrá que se lo pague por junto» (3). Y más adelante: «Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura... sino en servir con

(1) *Ibid.*, cap. XIX.

(2) *Ibid.*, cap. XII.

(3) *Vida*, cap. XI.

justicia y fortaleza de animo y humildad» (1). Y en otro lugar, hablando del alma que Dios dispone para tener oración, dice: «Si en ella persevera, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación» (2). «¡Y qué bien acierta el demonio, exclama, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida» (3). Hablando también del camino de la oración, escribe: «El que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega» (4).

Hase de advertir aquí que los *custodios obligados* de la oración son tres; la soledad, el silencio y el desasimamiento de las criaturas.

A la oración se debe unir siempre la *lectura espiritual*, media hora al

(1) *Ibid.*, cap. XI.

(2) *Ibid.*, cap. VIII.

(3) *Véase*, cap. XIX.

(4) *Ibid.*, cap. XIX.

menos cada día, en Rodríguez, Saint-Jure y otros autores ascéticos (1); pero la que entre todas se debe mirar con predilección, es la lectura de *Vidas de Santos*, tan recomendada por San Felipe Neri.

§ III

LA SAGRADA COMUNIÓN

Para unirse con Dios, en tercer lugar, se ha de recibir con *la mayor frecuencia posible*, bajo la dirección del padre espiritual, la sagrada Comunión, que es llamada precisamente Sacramento de unión, y en la que efectivamente el alma queda enteramente unida con Jesús.

Empero es menester que *se prepare* con solicitud, ordenando todos sus ejercicios piadosos como preparación para la Comunión.

Procure después no omitir jamás el

(1) No será necesario recordar al lector las Obras de nuestro santo Doctor.

hacimiento de gracias, ocupándose por espacio de una hora, o de media hora por lo menos, en afectos y súplicas. Dice Santa Teresa que entonces está Jesús en el alma, como en un trono de misericordia, para dispensarle gracias. «No perdáis, son las palabras de la Santa a sus religiosas, tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado... No suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje» (1).

Para la preparación y acción de gracias ayuda muchísimo el pensar *tres cosas*: 1.^a ¿Quién viene? Jesús. 2.^a ¿A quién viene? A mí. 3.^a ¿Para qué viene? Para ser amado. A esas preguntas y respuestas van unidos *tres actos* de fe, de humildad y de amor. Pueden servir admirablemente para todo esto aquellas tres grandes palabras: *Creo, espero y amo*.

También es un medio eficacísimo para unirse con Dios la *Comunión es-*

(1) *Camino de perfección*, cap. XXXIV.

piritual, que se ha de hacer repetidas veces en el día. «Cuando no comulgareis, hijas—escribe Santa Teresa,—y oyereis Misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho... Creedme, no dejéis este modo; aquí probará el Señor lo que le queréis» (1).

Haced también *frecuentes visitas al Santísimo Sacramento*. «¡Qué sería de nosotros—decía la Santa en una plegaria al Eterno Padre, suponiendo que no hubiese Sacramento,—que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda?» (2). San Dionisio Areopagita asegura que de ninguna otra parte nos vienen tantos auxilios para la perfección, como del Santísimo Sacramento.

Con la visita a Jesús Sacramentado va inseparablemente unida la *visita a su Madre Santísima*, la Virgen María.

(1) *Camino de perfección*, cap. XXXV.

(2) *Ibid.*, cap. XXXV.

§ IV

LA ORACIÓN DE RUEGOS

Para conservar la unión con Dios, es absolutamente necesario aplicarse a la *oración de ruegos*. Por el Evangelio sabemos que de ordinario Dios no dispensa las gracias sino a quien se las pide.

Por eso, desde *por la mañana*, al levantarse, es preciso encomendarse con confianza a Jesús y a María, para que nos asistan.

Lo cual debe repetirse *al principio de cada una de nuestras acciones*, al salir de casa, al ponerse a leer, al ir a tomar el descanso y demás.

Por la noche, nunca se ha de omitir el examen de conciencia con el acto de dolor.

En las *tentaciones* y peligros de pecar es absolutamente indispensable recurrir a Dios, diciendo por lo menos: *¡Jesús, María!*, implorando su

protección. Santa Teresa decía: «No entiendo estos miedos; ¡demonio, demonio! donde podemos decir: ¡Dios, Dios!, y hacerle temblar» (1).

Es asimismo necesario pedir con frecuencia al Señor la victoria sobre la *pasión dominante*, la santa perseverancia, su amor y la perfecta uniformidad con su adorable voluntad.

Exhortaba a sus hijas Santa Teresa a que, habiendo tantos males espirituales que remediar, no se ocupasen en la oración de cosas de acá del mundo: «No, Hermanas mías, decía, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia» (2).

§ V

LA PRESENCIA DE DIOS

Otra excelente manera de permanecer unidos con Dios es la memoria continua de *su presencia*, acordándo-

(1) *Vida*, cap. XXV.

(2) *Camino de perfección*, cap. I.

nos de que en todo lugar nos ve, nos oye, está al rededor de nosotros y dentro de nosotros.

A esto atribuye Santa Teresa todas *nuestras faltas*: «Viene todo el daño de no entender con verdad que Dios está cerca, sino lejos» (1). Y este olvido proviene de que le amamos poco. Por eso dice la Santa: «El verdadero amante en toda parte ama, y siempre se acuerda del amado» (2).

Para refrescar esta memoria de la divina presencia, es muy conveniente tener *alguna señal particular* o en su persona, o en su mesa, o en su aposento.

Vaya siempre este recuerdo acompañado de *oraciones jaculatorias*, de actos de amor o de ofrecimiento de sí mismo, tales como éstos u otros semejantes: «Dios mío, yo os amo. Sólo a Vos quiero, sólo vuestro gusto. Yo me doy toda a Vos».

(1) *Ibid.*, cap. XXIX.

(2) *Fundaciones*, cap. V.

§ VI

VARIAS PRÁCTICAS DEVOTAS

Cosa es también muy provechosa, para conseguir la unión con Dios, hacer cada año ocho o diez días de *ejercicios espirituales*, apartándose en ellos de toda ocupación y trato con las gentes, a fin de tratar únicamente con Dios. ¡Oh cuántas almas se han santificado por este medio!

Es también muy útil renovar el espíritu con un *día de retiro*, por lo menos una vez al mes.

Bien será además durante el año celebrar con especial devoción las *novenas* del Niño Jesús, del Espíritu Santo y de las siete fiestas principales de Nuestra Señora. En estas novenas ha de hacerse cada día algún obsequio particular, como el rosario y la visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima.

Hágase *cada sábado*, en honor de

la Santísima Virgen el ayuno a pan y agua, o cuando menos en las vigili-
as de sus siete fiestas principales, te-
niendo en cuenta aquellas palabras
de Santa Teresa: «Gran cosa es lo
que agrada a Nuestro Señor cual-
quier servicio que se haga a su
Madre».

PATRONOS Y APÓSTOLES

Hacer también la novena al Santo
que es *nuestro particular Patrono*; y
tener especial devoción a los *santos*
Apóstoles, que son los Padres de nues-
tra fe.

§ VII

LA CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO

A este amor y unión con Dios per-
tenece finalmente la *caridad para con*
el prójimo.

Corresponde a esta virtud, *en el in-*
terior, desear al prójimo el bien que

para nosotros deseamos, y no querer para nadie el mal que para nosotros no queremos, alegrándonos en nuestra voluntad de su bien y sintiendo su mal, aunque naturalmente encontrásemos en ello alguna repugnancia.

En cuanto al exterior exige esta virtud.

1.º *No murmurar* del prójimo, ni burlarse de él, ni motejarle, sino decir siempre bien de él, y defenderle, excusando por lo menos su intención.

2.º *Consolarle* en sus aflicciones.

3.º *Socorrerle* en las necesidades espirituales y corporales, particularmente en las enfermedades.

4.º «Todo lo que pudiereis—como dice Santa Teresa, — sin ofensa de Dios, procurad *ser afables*» (1). Sin embargo, acerca de esto advierte San Francisco de Sales que es necesario saberse tomar el tiempo oportuno para sí y para el prójimo; de suerte que, cuando se falta al prójimo por aten-

(1) *Camino de perfección*, cap. XLI.

der al propio recogimiento, después se ha de buscar la ocasión de servirle accediendo a sus deseos.

5.º Nunca dar al prójimo *malos consejos ni malos ejemplos*.

6.º A las veces es preciso *reprenderle*, mas con dulzura y a su debido tiempo, y no cuando se encuentra él agitado por la pasión.

7.º Por último es necesario tener cuidado de hacer bien *a quien nos hace mal*, por lo menos hablar bien de él, tratarle con afabilidad y encomendarle a Dios, distrayendo el pensamiento de los encuentros, asperezas y fastidios, que creamos nos ha proporcionado (1).

(1) Véase la Obra SANTA TERESA DE JESÚS, por San Alfonso Maria de Ligorio. Versión directa del italiano con un prólogo por D. Teodoro Izarra Tamayo, presbítero. Herederos de Juan Gilí, 1914.





Breve sentenciaro espiritual de Santa Teresa



Para poner digno remate a este opusculito, ofrecemos a nuestros piadosos lectores un precioso ramillete de flores espirituales, recogidas al azar en el místico jardín teresiano.

1. Breve es todo tiempo para darle por nuestra eternidad; y muy largo es un solo día y una hora para quien no sabe y teme si os ha de ofender.

2. Acuérdate que no tienes más de una alma, ni has de morir más de una vez, ni hay más de una gloria, y darás de mano a muchas cosas.

3. Tu deseo sea de ver a Dios; tu temor, si le has de perder; tu dolor, que no le gozas, y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz.

4. Por hacer bien, por grande que sea, no hemos de hacer un pequeño mal.

5. Cada obra que hicieres, dirígela a Dios, ofreciéndosela, y pídele que sea para su honra y gloria.

6. Todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios.

7. Lo que destruye la vida espiritual es el hacer poco caso de pecados veniales.

8. Es un señorío grande de todos los bienes del mundo, no se le dar (al alma) nada de ellos.

9. Del pecado que se hace muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre de él.

10. Para caer hay muchos amigos que nos ayudan; y para levantarnos nos hallamos tan solos, que me espanto cómo no estamos siempre caídos.

11. Tus tentaciones e imperfecciones no comuniques con las más desaprovechadas, que te harás daño a ti y

a las otras, sino con las más perfectas.

12. Todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios.

13. La verdadera devoción es no ofender a Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien.

14. Su Majestad es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí.

15. Cuando el alma cae en pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que ella no lo esté mucho más.

16. No hacen falta fuerzas del cuerpo para la virtud a quien Dios Nuestro Señor no las da.

17. Qué de embarazos pone el demonio y qué de temores a quien se quiere llegar a Dios.

18. Dadme un cuarto de hora de oración, y os daré el cielo.

19. Es terrible cosa la costumbre en nuestro natural; poco a poco y en

pocas cosas, se vienen a hacer agravios irremediabiles.

20. Lo que medita por la mañana, traiga presente todo el día; y en esto ponga mucha diligencia porque hay gran provecho.

21. Aunque algunas religiones se hayan relajado, no pensemos que en ellas se sirve poco al Señor: ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos?

22. Lo que destruye la vida espiritual es hacer poco caso de pecados veniales.

23. Aprovechábame también ver campos, agua, flores; en estas cosas hallaba memoria del Criador.

24. No apartándose de los contentos y gustos del mundo, presto tornarán a aflojar en el camino del Señor.

25. En las fiestas de los santos, piense sus virtudes y pida al Señor se las dé.

26. Toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene el buen Jesús tantos

enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos.

27. El Señor aprecia más una alma que por nuestra industria y oración le salvásemos, que todos los servicios que le podemos hacer.

ACTO DE CONSAGRACION A STA. TERESA
que hacía de sí S. Alfonso María de Ligorio

¡Oh Seráfica Virgen, esposa muy amada del Verbo divino, Teresa de Jesús! yo, N., aunque indigno de ser siervo vuestro, alentado no obstante por vuestra gran bondad y por el deseo que tengo de servirlos, en presencia de la Santísima Trinidad, del ángel de mi guarda y de toda la Corte celestial, os elijo en este día, después de María Santísima, por mi Madre, mi Señora y especial Abogada, y hago el firme propósito de servirlos siempre y de hacer todo lo posible para que de los demás seáis también servida.

Yo os suplico, ¡oh Seráfica Santa!

por la sangre que por mí derramó vuestro divino Esposo, que me recibáis para siempre en el número de vuestros devotos. Socorredme en mis necesidades y alcanzadme la gracia de imitar en adelante vuestras virtudes, caminando por la verdadera senda de la perfección cristiana. Asistidme particularmente en la oración, y pedid a Dios para mí ese precioso don, que en tan eminente grado tuvisteis Vos, a fin de que, contemplando y amando al sumo Bien, evite en mis pensamientos, palabras y obras, todo cuanto pudiera ofender, aun cuando fuese ligeramente, vuestras miradas y las de Dios.

Aceptad este ofrecimiento como una prueba de mi consagración a vuestro servicio, y asistidme en la vida y sobre todo en la hora de mi muerte. Amén.

¡¡Viva Teresa de Jesús!!



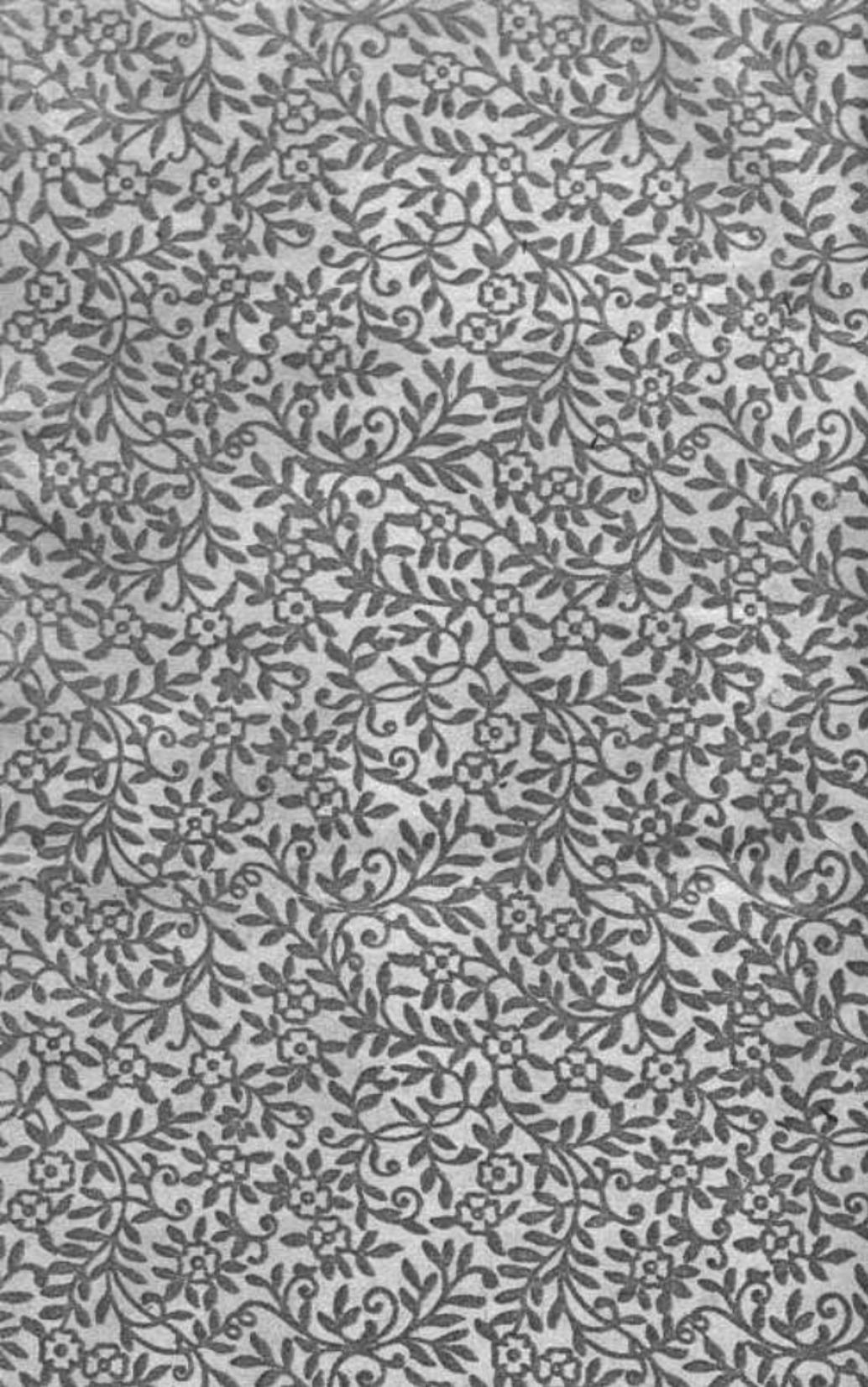
INDICE DE MATERIAS

	<u>Págs.</u>
A guisa de prólogo.....	5
Patria, padres y nacimiento de Teresa..	9
Un retrato de la Santa.....	14
Albores de una gran santidad.....	16
Camino del martirio.....	22
Angeles y flores.....	26
La mejor Madre.....	31
Belleza y prendas naturales de Teresa..	35
Lecturas frívolas y compañías peligrosas.	38
Una estrella profética.....	42
Triunfo de la gracia.....	43
Al Carmelo.....	45
Viste el hábito de María y es visitada con grandes regalos y trabajos.....	47
Al borde del sepulcro.....	49
Cuán grande cosa es ser dovotos de San José.....	53
Un compás de espera.....	61
A paso de gigante.....	62
Con los ángeles.....	64
Dominio sobre el infierno.....	65
Dios premia su obediencia.....	66
Amor seráfico.....	67
Desposorio místico de Jesús con Teresa.	70

	<u>Págs.</u>
Finezas de esposo.....	73
Una página de teología.....	76
Apostolado de la Santa.....	77
Actividad prodigiosa.....	79
Breve práctica de la perfección según la doctrina de Santa Teresa.—Parte primera: Del desprendimiento de las criaturas.....	89
§ I.—Cómo se vence el amor de los pla- ceres.—La mortificación interna....	90
La mortificación externa.....	95
§ II.—Cómo se vence el amor de las ri- quezas.—La santa pobreza.....	99
§ III.—Cómo se vence el amor de la pro- pia estima.—La humildad.....	100
Segunda parte.—De la unión con Dios. —§ I.—El perfecto amor de Dios....	103
§ II.—La oración mental.....	107
§ III.—La sagrada Comunión.....	111
§ IV.—La oración de ruegos.....	114
§ V.—La presencia de Dios.....	115
§ VI.—Varias prácticas devotas.....	117
§ VII.—La caridad para con el prójimo.	118
Breve sentenciario espiritual de Santa Teresa.....	121
Acto de consagración a Santa Teresa...	126







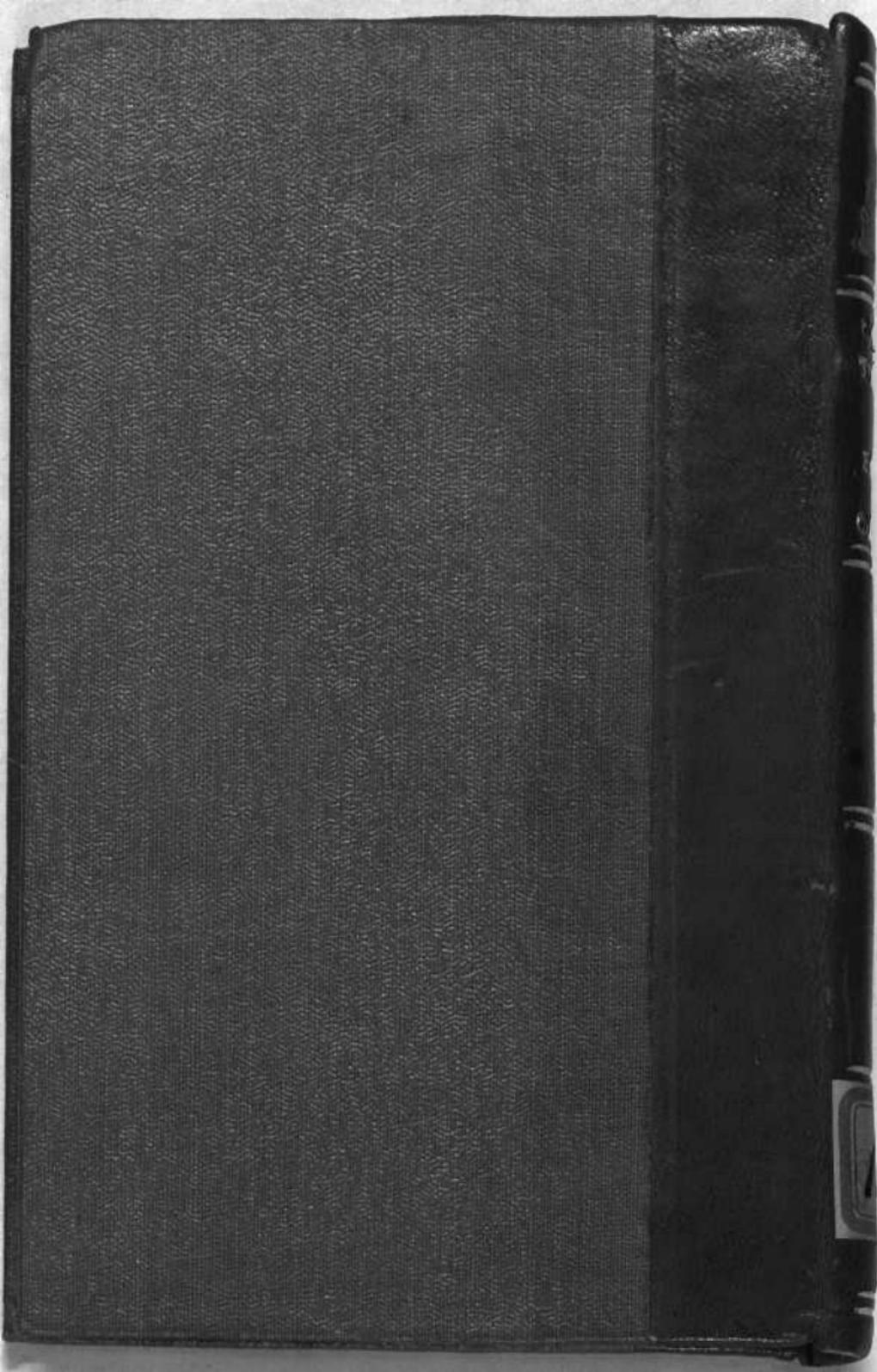
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	1694	Precio de la obra.....	Plas.
Estante.....	124	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»



P. CASIMIRO

TERESA

DE

ESPAÑA
Y DEL
CARMELO

1694.